Cualquiercosario y otras cositas
Jorge Onetti



LIBROdot.com
http://www.librodot.com

Para Andrés Rivera --él sí--
que no se entregará jamás.

CUALQUIERCOSARIO

El amor es un bicho

Me detuve para recordar cómo había sido aquella oficina antes de Marysol. Observé el laberinto de estanterías tupidas de legajos, atoradas de pelusa y porvorientas.

Miré los tobillos hinchados de Matilda, que parecían derretirse sobre los zapatos, y subí la mirada hasta su rostro velado por resignación y hastío.

Desde uno de los recodos del laberinto llegaba la voz de Coso, siempre hablando de un modo oscuro, pero con aplomo, como si todos nosotros fuéramos extranjeros incapaces de dominar su idioma.

Esa revista me hizo pensar en mí. Mejor dicho en que yo sería para Marysol una momia más, tal vez con menos moho, pero momia al fin y sonreí seguro de que ella se engañaba. Sonreí con el placer de un emboscado.

De pronto me encontré con sus ojos asombrados que se preguntaban por qué yo había interrumpido el dictado.

Le mantuve la mirada y, cuando, estaba a punto de arrepentirme de esa insistencia, cuando casi había decidido que ella era un objeto más que iría a velarse y derramarse como Matilda o a osificarse agresivamente como otras compañeras de trabajo, sentí un agudo ardor en la muñeca derecha.

Supe de qué se trataba. Afortunadamente tenia experiencia, y una camisa de puño amplio. Introduje dos dedos y la atrapé.

Carraspeé con ostentación, fingí haber estado caviloso y dicté a Marysol: «...lo cual conforma, si no una figura delictiva, al menos, una gravé irregularidad que exige una aclaración satisfactoria para deslindar responsabilidades».

--Nada más. --Le dije mientras me ponía de pie.-- El resto termínelo usted. Ponga todo eso de vías naturales o legales o jerárquicas, blablablá, lo que a usted se le ocurra, S.*S. S.,* etcétera.

El problema era qué hacer con ella. ¿La mataba? ¿La descuartizaba dejándola sin resortes? No quería hacerla sufrir solamente. Quería verla sufrir; clamaba venganza.

Di unas vueltas en redondo tratando de solucionar el problema hasta que vi la botella de ron que ganara a Coso en una apuesta a mano de Boca. Ahora estaba vacía y me venía al pelo. Había sacado la bolita y todo el tapón gotero de la botella así que pude introducir las puntas de mis dedos por el gollete. Froté las yemas y ella cayó hasta el fondo derrengada, pobre infeliz, suponiéndose libre.

Al verla afanarse me acordé de aquello de que «la pulga es un grano de tabaco con resorte» y me felicité de no haberla descuartizado. Era agradable verla saltar, saltar y finalmente quedar atrapada con los restos de la bebida pegajosa.

--Ahora, reventá --murmuré-- y no te quejés. No cualquiera muere borracho en Bacardí.

Mientras deambulaba por el laberinto, una gran risa me golpeaba las costillas. Pensaba en la cara de Coso cuando le expusiera el problema gremial que se me acababa de ocurrir.

--Señor Coso --le dije-- ¿Sería usted tan amable como para distraerse unos minutos de sus agotadoras tareas? --¿Motivo o causa?

--Planteos gremiales.

Se había tomado mis palabras en serio puesto que no encontraba las mangas del saco.

--Venga en camisa --le dije-- será más gremial y, total, vamos al boliche de enfrente.

--Jamás. --dijo Coso triunfando sobre las mangas.

En el bar, Coso ine miraba con las cejas muy altas esperando que hablara. Yo me refería al calor, a las caderas de las mujeres que pasaban por la calle.

--¿Para esto me trajo aquí? ¿Para darme una lección de anatomía y pasarme el informativo meteorológico?

--No, --le dije-- no. Es por un asunto gremial: nuestro trabajo es insalubre.

--¿Qué cosa?

--Insalubre. Hay muchas, demasiadas, pulgas que nos pican o algo peor, tengo entendido. Eso es peligroso y, aun, oneroso. Si no fuera yo catedrático de fútbol, ¿cuánto me costaría ahogar las pulgas en Bacardí?

--Ja --dijo Coso--. Ja. Ja. No joda. --Y se quedó esperando que yo hablara de una vez.

--Eso es todo lo que tengo que decir. --dije.

--¿Por qué no se hace hervir?

Seguí mirando hacia la calle. Coso me había decepcionado pero no me importaba. No había engranado con mi chiste, pero no le guardaba rencor.

De pronto se puso a hablar como si estuviera indignado: --Miren al Coso. Me caza y se me viene con esta cosa. ¿Qué cosa tiene en el coso? Con esa cosita que tiene en la cosa del fondo para él sólo. ¡Toda esa cosita para un sólo coso! Y se me viene con la cosa de insalubre y que esto y que el otro y que caza la cosa y la mete en la cosa de Bacardí. ¿Se siente bien? Pero, si no se tiene efe, ¿cuánto pide por el pase?

--Usted es una vaca. --le dije-- Con un presente siempre verde; con un presente continuo. Piense en el futuro y en el pasado. Matilda, ¿no fue acaso una cosita? ¿No es ahora una cosa?

--Si yo pensara en el futuro ahora sería un solterón, como usted.

Tenía razón. Yo no conocía a su mujer.

--No vale --le dije--. Pensaba hablar con un gremialista y me encuentro con un casamentero.

--No. --dijo-- Eso no. Pero le apuesto cualquier cosa a que --esa cosita le da vuelta el coso.

--No soy ladrón reincidente, señor comesario.

Volvimos a la oficina. Dejé a Coso adelante y recorrí el laberinto con una sensación de fracaso en el estómago. Cuando llegué al fondo comprobé que todo estaba en orden: Matilda hablando por teléfono con una amiga; Marysol retocándose la pintura de los labios y la pulga queriendo escapar de una gota que la aprisionaba.

Miré el reloj. Era la hora de la salida.

--Bueno --dije-- se acabó el velorio. Buenas tardes.

Matilda ya estaba sincronizada: terminó la charla, agarró su gran cartera y se fue bamboleando entre los expedientes.

Marysol, que no tenía experiencia, me preguntó si precisaba algo. Consideré que era una pregunta ambigua.

--No, muchas gracias. --le dije-- Hasta mañana.

Me quedé a solas con la pulga. Ahora la podía contemplar a gusto.

--Sos una pulga optimista --le dije-- ¿o es la borrachera lo que te hace pensar que podrás escaparte?

No me contestó. Permanecía de perfil contra el vidrio, quizás sospechando que su destino era insólito, y disparaba los resortes con fe.

--Hubo una vez dos ratones, no se si ya conocerás la historia. --le dije-- Hubo una vez dos ratones que cayeron en un balde de leche.

El ratón pesimista dijo: «Esta es mi última noche. No me voy a fatigar nadando hasta agotarme para, finalmente, morir ahogado. Adiós. Muero fresco», y se fue al fondo.

El ratón optimista nadó y nadó sin descansar hasta que amaneció sobre una montaña de queso. Todo puede ser... Pero vos ¿qué chance tenés?

Siguió sin responderme y entonces me fui a la calle.

Era un prolongado crepúsculo de verano. Tomé una cerveza y unas salchichas y decidí acostarme temprano.

En mi estómago continuaba esa sensación de fracaso.

Cuando llegué a casa me quité el saco y la corbata y me tiré en la cama. Puse la radio y comencé a leer el diario.

De pronto sentí un vacío, una soledad inmensa.

Me puse el saco y salí a la calle y pronto me encontré frente a ni oficina. Entonces comprendí a qué había ido.

Llamé al sereno y me hice abrir la puerta.

--Me olvidé un expediente que tengo que tramitar mañana en el Ministerio-- le dije.

Subí, oculté la botella con la pulga en una carpeta y volví a salir. Nuevamente en casa, ya estaba sosegado. Me desvestí y me metí en la cama.

Miré a la pulga que continuaba disparando sus resortes. --Buenas noches Solymar. --le dije y apagué la luz.

Marysol y yo estábamos tomando el té en Babalú. Ella me había confesado algunos secretos como que le gustaba el cine mexicano, el chocolate relleno y que su hermanito era un odioso. Luego sobrevino el silencio.

Entonces me pregunté a qué estaba jugando yo o a quién le hacía el juego. No podía aceptar que Coso fuera clarividente.

Miré a Marysol y percibí que se trataba de una estatua o, por lo menos, de un busto de mármol ya que no conseguía sentirla «totalmente petrificada, compuesta íntegramente de esa maciza oquedad.

Tenía unos rasgos demasiado perfectos para mi gusto, un rostro simétrico totalmente falto de imaginación y unos ojos que aun no lograba comprender. Esos ojos eran lo único que justificaba que yo le dedicara aquel tiempo.

--Usted es una especie de centauro. --le dije.

--Pero los centauros son hombres, yo...

--Una especie --dije. --Usted tiene busto de mármol y cuerpo de mujer. Un busto con los ojos pintados con esmalte azul.

Se sonrió confundida. Evidentemente no sabía cómo tomar mis palabras.

Enfrente habla una plaza y la gente circulaba entre los canteros acompañada de niños y perros.

--¿Tiene alguna opinión formada sobre las pulgas? --le pregunté.

--Oh, debe ser un bicho asqueroso. Nunca vi ninguna. Mi hermanito me dijo que Tauro tiene pulgas.

--¿Quién es Tauro?

--El perrito de casa.

--¡Pobre Tauro! Pobre, porque las pulgas son más inteligentes que los perros y, además, son inmortales a menos que uno las haga estallar entre las uñas.

--O les haga comer dedeté --rió. --Mentiras de fabricantes. La pulga sólo muere por explosión o por algún desengaño amoroso. Por la explosión de su propio abdomen, naturalmente, o porque su amante se tomó un perro equivocado.

No me atreví a preguntarle si la habían picado pulgas alguna vez. Temía que me dijera que no y verme obligado a aceptar que era totalmente de mármol.

--Qué curiofo. --dije-- Una chica con estudios que nunca vio una pulga. ¿Es que ya no enseñan zoología en los colegios? Para que vea, Marysol, uno de los recuerdos más tiernos de ni infancia se relaciona con las pulgas. Yo era huérfano de padre. Mi madre mantenía la casa. Eramos muy pobres y no abundaban las diversiones. Pero una vez vino un circo y fuimos allí. Después de la función, pagando una entrada adicional, se podía ver a las pulgas amaestradas. Habla que mirarlas con un largavistas y hacían cosas asombrosas. Es un bicho fuerte. Estaban atadas con cabellos y arrastraban carritos, hacían girar norias y marchar todo lo imaginable en una ciudad en miniatura.

Después de la función comimos pizza, recuerdo.

Ah, si serán astutas. Pican en un lugar y escapan a otro a unos diez centímetros de distancia. Cuando la piel reacciona, uno se rasca donde ya no está la pulga que se encuentra almorzando tranquilamente lejos de las uñas.

Las he visto operar en la cama. Las más inteligentes, se ubican debajo de la almohada y pican en el cuello. Uno las busca en su propio cuerpo desesperadamente, en medio de la noche, y ellas ríen debajo de las plumas entonando canciones picarescas y vuelven a operar cuando apagamos la luz.

Sólo un hambre muy atrasada puede hacerlas caer en nuestras manos.

Marysol me observaba con sus ojos de esmalte demasiado abiertos en su rostro

inexpresivo.

--Comprendo Marysol --dije-- fue una clase de zoología demasiado extensa. Dingdón, vamos al recreo.

Despedí a Marysol y me fuí hasta un teléfono. --Hola --dije-- ¿Claudia? Te espero en casa. Fui y esperé.

Me costaba creerlo pero Solymar continuaba viviendo entre las gotas de ron. ¿Qué se puede cazar en una ciudad? --me pregunté-- Aparte de mujeres y hombres con diversos fines, sólo algunos, insectos, ratas y poca cosa más. De todos modos no soy un cazador. Me tiro en un lugar, espero y me cazan a mí. Los cazadores caminan y eso es absurdo. Si--me pusiera a buscar una pulga no la encontraría en años. Sin embargo, ellas me encuentran con demasiada facilidad.

Me bañé. Luego me tiré desnudo sobre la cama.

Desde la calle venían los ruidos de la noche de verano.

Llamaron a la puerta y abrí. Allí estaba Claudia con sombrero en aquella noche calurosa, con una elegancia sumamente voluntaria como cuando nos conocimos.

Me prestó su mejilla y comprendí que algo la enojaba.

Se sentó en una silla manteniéndose rígida.

--¿La señora tiene hora para la consulta?

--Creo que me equivoqué de doctor --dijo-- porque este debe ser un veterinario a juzgar por el chiquero.

Se refería al desorden, a los diarios y revistas desparramados por el suelo. Pude haberle respondido algo hiriente pero elegí iniciar una broma:

--No, no se equivocó, señora. Aquí está su querida Solymar restablecida gracias a un tratamiento con licores importados.

Le alcancé la botella pero Claudia no comprendió de qué se trataba.

--¿Qué es esto? --dijo.

--Fíjese bien. Su amada pulga trascurre entre gotas de fino licor.

Descubrió el bicho, dijo: «Qué asco» y tiró la botella sobre los periódicos.

Eso me hizo doler el corazón. Sentí mi cabeza llena de sangre y me apresuré a recoger a Solymar.

--¿Qué hacés? ¿Qué te pasa? --dije.

--¿Te crees que yo soy Sol... que yo soy una --pulga inmunda?

--No me creo nada. Sólo sé que amo a Solymar.

--A Solymar puede ser. Puede que ella sea muy feliz contigo, al menos viven juntos. Pero yo no soy una pulga ni una perra para que vos me des órdenes por teléfono.

Permanecía quieta y lloraba muy silenciosamente pero con gran brillo de lágrimas.

Siempre había sido así. Yo la llamaba y ella venia a visitarme. Hubiera querido que esa noche fuera igual a las anteriores en que Claudia y yo hacíamos el amor hasta la madrugada y éramos felices.

«Pero las mujeres, tarde o temprano, quieren casarse». --me dije.

--No llores más. Eso te vuelve irresistible. Es un abuso.

Se limitó a hundir la cara entre las manos.

Me sentí ridículo, desnudo en mitad de la habitación, con la botella de Solymar acunada en mis brazos, como una criatura, y Claudia tan vestida y dramática.

Me tiré en la cama. Ahora ella sollozaba y sacudía su espalda desnuda, magistralmente tostada por el sol.

La deseaba como siempre y comprendí que ella no tenía nada de mármol.

--No tenés nada de mármol ¿verdad? --le dije.

--¿Cómo?

--Si no tenés nada de mármol. Estaba desconcertada.

--Es estúpido. --dijo-- Las escaleras de casa... qué sé yo. Me acerqué y la miré a los ojos.

--Tus ojos te traicionan --le dije-- no me odian ni un,

poquito así.

Entonces sus ojos me odiaron. Luchando, le saqué el sombrero. Su garganta rugía

sordamente mientras la iba desnudando con pérdida de botones. Luego el rugido pudo confundirse con un ronroneo y ella se entregó como siempre.

Sin embargo, Claudia me anunció, antes de irse, que no nos veríamos más y yo no la acompañé.

Quedé despierto hasta que se hizo hora de ir a la oficina. Mientras aumentaba la luz del día yo iba recordando trozos aislados del pasado en imágenes lentas y mudas.

Todo el resto de ese día fue muy tonto. Cambié con Coso las bromas de siempre, dicté las cartas de siempre a una Marysol que me irritaba y, cuando pensé que volvería a casa a recuperar el sueño perdido, el diablo se me montó a babucha y dije:

--Marysol, ¿es cierto que usted nunca vio una pulga?

--No, le juro. Que me caiga muerta.

--No la voy a invitar a ver mi colección de pulgas. Simplemente tengo en casa una jaula con una pulga borracha. ¿Quiere verla?

Parpadeó solamente. Nada la traicionaba. Ni un gesto, ni una acentuada irregularidad en su rostro.

--Bueno --dijo--, si a usted le parece.

Me produjo vértigo porque resultaba imposible deducir si era idiota o cómplice.

Fuimos a casa, le pedí disculpas por el desorden y ella me ayudó a poner las cosas en su sitio.

Luego me miró de frente y afirmó:

--Eso de la pulga fue una mentira.

Me dio risa: cuando se creía más firme, resultaba más vulnerable.

--No, Marysol, yo no miento nunca --mentí-- ¿para qué? Acá está la pulga.

Era increíble pero Solymar continuaba disparando sus resortes. Ahora más débilmente y ya no podía arrastrar la gota, que la aprisionaba, por las paredes de la botella.

--Qué interesante. --dijo.

--Usted es muy rápida. Yo no sabría aun cómo calificar.

--Yo sí sé. Veo que está perdiendo el tiempo en esa oficina. Podría ser un... ¿cómo se llama?

--Un bichólogo.

--Bueno, algo así.

--Claro, o interrogar en la policía.

--No lo comprendo.

De pronto tuve miedo de todo lo que estaba haciendo en ese momento y desde días atrás.

--Querida Marysol. --dije-- Me siento mal. Me estoy poniendo viejo. Quise escaparme. Bueno, usted no comprende.

Le alcancé la cartera y casi la empujé hasta la puerta.

La besé en la frente y le dije:

--Te quiero mucho Marysol. Quizás algún día los dos seamos pulgas y todo resulte diferente. Pero ahora todo sería muy largo, muy doloroso, muy cobarde. Todo está en tus ojos de esmalte, de muerto, de serpiente o de niño, no sé. Con vos no sé a qué atenerme y me vuelvo cínico y algunas cosas que no veo muy claro. Adiós, hasta mañana.

Prácticamente la eché y hubiera jurado que en su rostro había mucha tristeza. Besé a Solymar a través del vidrio y dormí hasta el otro día.

Me llevé la pulga a la oficina.

Marysol ya había llegado y por primera vez su rostro expresaba algo. No sé qué, pero nada agradable.

Anduve dando vueltas mientras ella escribía a máquina y finalmente tuve una ocurrencia.

Rescaté la pulga con un lápiz, la sequé entre mis dedos muy suavemente y me incliné por sobre el hombro de Marysol como si controlara su trabajo.

Ella permaneció indiferente, tecleando con un ritmo tal vez un poco irregular. Desde mi posición podía ver el nacimiento de sus senos y allí fue donde cayó Solymar perdiéndose para siempre.

Recorrí los laberintos y encontré a Coso solo en su oficina. --Coso --le dije--, me caso.

--¡Qué cosita! ¡Cuando yo digo una cosa!

--No hay caso. Usted no caza ni una conmigo. Primero Boca y, ahora, la está pifiando lindo.

--Pero, ¿se casa o no se casa?

--Sí, me caso.

--Entonces, la cosita le dio vuelta el coso ¿o no?

--Con su forma de hablar, usted hace trampa. ¿Cuántas cosas puede ser un coso? De todos modos le doy, por ganada la apuesta, q ue no hicimos y ojalá que, cuando se acabe la bebida, se lo coman las pulgas.

--Mal perdedor. ¿Tengo o no muñeca para esa cosas? Reconózcalo.

--¿Se acuerda de Claudia? --le dije-- Me caso con ella, Coso.

Té para dos

El aire estaba azul, las hojas secas giraban sin furia en la vereda y eran sólo las cuatro de la tarde.

Mitzi se asomó al balcón y comprobó todo eso porque el viento le llevó las campanadas de la iglesia.

Giró hacia la penumbra --al principio de despareja negrura como un terciopelo gastado-- y paulatinamente pudo distinguir el marco de plata que encerraba el rostro de su marido muerto, el candelabro y el espejo apaisado, de sobre el aparador, que le devolvía el sector amarillo de la tarde.

«Son sólo las cuatro --se dijo--. Son sólo las cuatro y sin embargo debo poner la mesa».

Y puso agua al fuego. Y té en la tetera. Y multitud de bocados en la bandeja además de dos tazas.

Canturreaba sin advertirlo. Murmuraba antiguas canciones aprendidas junto al Danubio.

«Tengo que abandonar esta vida opaca y misteriosa» pensó, mientras colocaba la bandeja en la mesa del balcón.

«Cuando el misterio no se encuentra al sol y las cosas que el sol acaricia; cuando no es una incomprensible compresión entre dos seres, qué puede tener de misterioso? Es simplemente ignorancia». --recordó.

Se había puesto su mejor vestido de tarde, se había maquillado y se agachaba hasta el espejo amarillo para controlar la maestría de los retoques.

«¿Quién diría que tengo cincuenta y dos años? ¡Cualquiera de mis amigas! Porque, en realidad, recién los cumplo el mes que viene».

Fue y se sentó en el balcón.

Miraba pasar los ómnibus, las mu jeres q ue salen con sus hijas o con las madres todas las tardes, las sirvientas que van de compras para el té o para la cena, los árboles y las casas y, .más allá, el mar quieto como una losa y aparentando, como ella, que aun no había llegado el otoño.

Lo fundamental era el crepúsculo, sin embargo. Esa hora veloz que distorsiona el color y el sonido hacia escalas descendentes; también como si una escala del tiempo bajara de las apresuradas horas del día a las graves de la noche.

Ese crepúsculo era suyo. La poseía y Mitzi se entregaba, se dejaba penetrar por los pastosos colores, por el alej ado sonar de bocinas y de risas.

Cuando la pareja de europeos se enfrentó al puerto y a la silueta de la ciudad, sintió desazón y alivio.

Eso parecía ser Sudamérica: una realidad distinta a la esperada. No una toldería maloliente pero tampoco la aventura.

Aquella ciudad era chata y ninguna iglesia venía al encuentro del vapor a medida que la costa se acercaba y la unidad del horizonte se desmembraba en casas, galpones y chimeneas.

Primero las gaviotas y más tarde un hombrecito de dientes cortos y marrones fueron los únicos en recibir a la pareja.

Con las gaviotas fue fácil entenderse desmenuzando un pan para arrojarles los trozos de trecho en trecho. En cambio con el hombrecito resultó arduo comunicarse en un inglés que el hombre también ignoraba y la mujer desconocía por completo.

Pero finalmente el hombre y la mujer se encontraron solos y aturdidos en una pieza de hotel.

Nadie de la colectividad había ido a recibirlos aunque estaban bien enterados de su llegada. Y resulta mejor. Les daba tiempo a acomodar sus ideas y sus huesos.

En un principio no supieron qué hacer en ese cuarto alquilado para ellos por la gerencia del frigorífico.

«Sean bienvenidos en nombre de la Gerencia...» --les había dicho el hombrecito de los

dientes marrones y, como ellos sonrieran tonta y dulcemente, había gritado: «Güelcam Güelcam», dentro del inmenso galpón metálico de la Aduana.

De pronto el día dejó de ser azul. En realidad fue peor todavía: continuó azul pero ellos sentían como si en lugar de sangre y lágrimas tuvieran té con leche frío.

Ella se puso a llorar y continuó llorando, mientras que él bajó al bar hasta que fue noche y tomó coraje como para regresar a la habitación meditando consuelos.

Finalmente se durmieron desconfiando de los ruidos ajenos al hábito del sueño. Pero se durmieron profundamente ya que, después de todo, estaban de nuevo en tierra firme y lejos de los rostros de la guerra.

El hombre se había llamado Elemer. Fue ingeniero en refrigeración. Creyó en Dios y en sus representantes en la tierra. Admiró al Regente y hasta le dio la mano hacia el fin de la guerra en circunstancias confusas para aquel engendro de monarquía. El Regente --que había pasado la guerra en Londres-- tuvo tiempo para meditar sobre las ventajas de la democracia, estrechar las manos de sus súbditos y especular sobre el futuro. En cambio Elemer, escaso en política, se mostraba mucho más monárquico que el atribulado Regente.

La estadía del Regente en Londres no había sido en vano, al menos para Elemer ya que, debido a esa circunstancia, pudo conseguir trabajo en un frigorífico que operaba en Sudamérica.

Posteriormente fue la tacañería y no el compañerismo lo que lo llevó a vivir en el barrio obrero del frigorífico.

Y, por esa estrecha razón, Mitzi y Elemer se instalaron en una casita nueva, de restringido jardín y ventanas pequeñas, donde las calles iban escalonándose hacia la bahía.

Desde allí se podía ver el puerto, las últimas luces del sol sobre el agua y luego las infinitas chispas del centro de la ciudad que iban aumentando con la noche, haciéndose más fijas.

Érase un barrio obrero donde nadie podía que jarse de no encontrar trabajo. Europa necesitaba carnes y Elemer había llegado desde allá para ampliar las cámaras frigoríficas.

De modo que fueron calificados de raros o, más finamente, de extravagantes --por la colonia de compatriotaspero tolerados. Porque «en este país de haraganes, de gentes que no quieren trabajar» se podía olvidar incluso que Mitzi era judía ya que los numerosos príncipes, los desdichados nobles y despojados terratenientes, estaban condenados a ser recíprocos testigos de sus ajadas jerarquías.

Y, aunque el odio los separara, los unía la necesidad de que atestiguaran sus pasados rumbosos. Los tenderos no los saludaban con una reverencia ni los nativos les cedían el lado de la pared en las calles. Sólo sus cómplices sabían que ese calvo y pálido caballeros de ojos claros --que hablaba con pésima y estricta corrección un castellano muerto-- era el príncipe de B... y, entre esos pocos, estaban Mitzi y Elemer.

Por lo tanto, pronto recibieron la visita de hijos de funcionarios que eran entonces comerciantes y, dado que él era ingeniero, con el tiempo fue visitado por un profesional compatriota. Cuando fue bien claro que se trataba de gente respetable y que el judaísmo de ella estaba testado por un rotundo crucifijo sobre el lecho matrimonial, comenzaron a recibir invitaciones.

Más tarde hasta los judíos húngaros --como Mitzi-- fueron a visitarlos. Esto hizo sentir al matrimonio más en su casa al reanudar una vieja práctica: suplantar el crucifijo por la estrella de David, etcétera.

Después, vino la cosa.

Fue un prolongado y extraño domingo. Hubo sol y las gentes llenaban las calles, en grupos de hombres y mujeres por separado, hablando mucho sin levantar demasiado la voz y con grandes gestos expansivos.

Todo así, al principio. Luego fue como un caluroso domingo al mediodía y escasos grupos recorrían las calles con resonar de pasos. Había empezado el hambre.

Los comerciantes suspendían los créditos mientras que, cuatro veces por día, un silencio frío recorría las calles. Se trataba de Elemer que iba y venía para cumplir su horario en el frigorífico. El personal directivo concurría al trabajo pero ninguno vivía en el barrio, nadie era vecino de los huelguistas ni había cambiado con ellos saludos, tazas de azúcar, postres. Ninguno

habla pagado y aceptado ruedas de bebidas salvo Elemer que ahora recorría las calles sin obtener saludos, tocado por el desprecio.

Una mañana Elemer escuchó voces y alboroto frente a su casa y buscó el revólver. Se fue deslizando contra las paredes y espió entre los listones de la persiana. Todos estaban de perfil; correteaban sin ocuparse de él. Habían entrado al almacén vecino luego de resolver que no existía ninguna razón para seguir con el estómago vacío cuando la comida llenaba estanterías y depósitos.

En calzoncillos, con un arma en la mano, con un sudor que se iba enfriando en las sienes, sin que nadie se ocupara de él, Elemer se sintió ridículo, pequeño y avergonzado.

Las acciones continuaron. Se ocuparon camiones con carne y con verduras y así se se puede resistir hasta ganar la huelga finalizando ese ardiente y extraño domingo.

Los obreros se habían parado sobre sí mismos. Habían crecido en todas direcciones y aprendido cosas nuevas.

Elemer seguía transitando sin saludos y con la sensación de que todos lo veían en aquella actitud: pálido y tembloroso con el fierro desbordándole la mano como el cuerpo los calzoncillos.

No era un obrero y, sin embargo, se sentía un traidor. No veía muy lejos pero comenzaba a notar que los había traicionado, al menos, como vecino.

«Yo no se bien sí fue sólo aquello, no se si no estaba ya quebrado por la guerra ni si la posibilidad de reanudar la perspectiva infinita de la incertidumbre, que podría simbolizarse mediante la alternación de la estrella y el crucifijo, lo llenaron de terror. Tal vez porque no tuvo fuerzas para volver sobre sus error--es, fue que lo encontraron muerto junto al río con un plomo de su revólver en la cabeza. Pero yo quedé viva. Estoy viva y quiero sentirme viva. Los hombres no se; pero nosotras tenemos que vivir para alguien, para los demás, para el prójimo».

El reloj de la iglesia dijo las cinco. Las dos tazas de té humeaban en el balcón.

Mitzi se miró las uñas y repasó los pliegues de su vestido.

A lo lejos comenzó a sonar el motor del ómnibus de las cinco y tres. Mitzi estaba nerviosa pero sonreía.

Había encontrado para quien arreglarse, con quien tomar el primer sorbo de té, a quien esperar todas las tardes aunque él quizás no lo compartiera nunca.

El ómnibus pasó zumbando sus gomas sobre el asfalto caliente. El conductor tenía unos hermosos bigotes de húsar y, cuando miró hacia el balcón, pareció sonreír.

Su taza de té con leche estaría fría mucho antes de que finalizara el crepúsculo.

El gargajero

--Marcial, que en paz descanse, estaba siempre inquieto por el porvenir. --dijo la vieja lechuza ajustándose la mantilla sobre los hombros. Luego de esto, tanto ella como la anciana colorida que la visitaba, guardaron silencio.

Un reverbero, que iluminaba el retrato adusto del General Marcial Focilón, acentuaba la penumbra de la sala.

El General había muerto. Pero el orden de su hogar perduraba y su reloj marino seguía palpitando no más regular ni preciso que, anteriormente, el reposado corazón de su dueño.

--Nuestro médico y amigo, el doctor Descuret --agregó la lechuza-- atribuía esa inquietud a lo que llamaba «su constitución bilioso--nerviosa» acentuada en sus últimos días.

--Ah --suspiró la otra--, pero qué excelente marido debe de haber sido don Marcial.

--Un jaspe, una monada.

--Aunque un hombre muy... personal; eso, --se aventuró a decir la visita.-- Supongo Memé que ahora sacarán la garita del jardín.

--¿Cuál garita, Emilía?

--Ese cuchitril donde montaría guardia un soldado. Aunque yo nunca vi a nadie en él.

Memé se revolvió en su sillón. Luego recobró el aplomo y dijo con suficiencia:

--Emilia, eso no es una garita, por favor.

--¿Y qué es entonces?

--Bueno... Linda esposa de Barba Azul hubiera sido usted, de haberse casado, claro.

--No tema llamarme directamente: curiosa. Es un defecto bien femenino al fin y al cabo. --concluyó con una risita dura.

--Bien, ya que se empeña en saberlo --dijo la lechuza al tiempo que ofrecía a Emilia un plato con galletitas-- se trata de un gargajero.

--Por favor, Memé, seré curiosa pero maleducada, no. --se frunció el raído colorinche-- Perdóneme si con mi curiosidad molesté de algún modo a usted o a la memoria de su finado; pero no fue esa mi intención. Si no desea contestarme está en su derecho pero no me responda con invenciones de dudoso buen gusto.

--La comprendo perfectamente. Comprendo que no comprenda: Usted no sabe lo que es un hombre. Desconoce sus manías y sus costumbres.

--Memé, he tenido padre y tengo hermanos. No soy ya pupila de las Dominicas.

--Oh --suspiró la lechuza-- es diferente.

Sólo se oía el pulsar del reloj marino sobre los apagados ruidos del crepúsculo. Luego tintineó la licorera sobre las dos copitas al rellenarlas de Oporto.

--Y un militar --agregó Memé-- es más diferente todavía. --Por cierto. De ahí que mencionara sólo al pasar el... la garita esa. Pero comprenda que no he querido ser impertinente. Olvidemos todo esto.

--¿Olvidar? A nuestra edad el olvido es un lujo; es como dejar de existir. Yo quiero recordar toda mi vida y mi vida es Marcial. No. No hubo impertinencia alguna; no. Puedo hablar de él. Necesito hablar de él y de sus cosas aunque me, sea necesario aludir a esos aparatos o construcciones que usted en su curiosidad, en su ingenuidad, magnífica. --explicó Memé y emitió sollozos blandos.

--No lo tome así, por favor, no tenga en cuenta lo que he dicho sin pensar. Aunque, si el recordar es un alivio para usted... para su dolor.

--Si. Dije muy bien: un militar es más diferente --afirmó Memé reponiéndose--. Es diferente a un hermano. Algo muy distinto a un hombre, Quiero decir: a un hombre de los que usted ha tratado.

--Dejo de comprenderla, Memé. No se de qué me está hablando ya.

--Su padre, ¿tenía gargajero? --No.

--Sus hermanos, ¿tienen?

--No, no.

--Esa es una de las diferencias que quiero hacerle notar. Todo los militares lo usan. Marcial me lo dijo.

--Pues mi primo...

--Su primo es de aeronáutica. Estamos hablando de --militares; de militares de caballería, con todo lo que eso significa. En cuanto a la aeronáutica, no diré que son advenedizos pero tengo mi opinión bien formada.

Las damas callaron, inmóviles, sumergidas en los cristales diáfanos del aepúsculo.

Finalmente, dijo la lechuza con una sonrisa de picardía: --Marcial no me amaba sólo a mí. Tuve que compartirlo con su otra gran pasión: la regularidad. Marcial amaba el orden, sus días transcurrían como un collar de gotas de agua.

Con cierto divismo, dedicó un silencio para la última frase y agregó en un tono más animado:

--El doctor Descuret solía bromear al respecto. Cuando ven ía a verlo por la presión, sonreía y lo saludaba: «Veamos cómo anda hoy nuestro homme a la minute».

--Era, en verdad, un apodo muy atinado. Sí. Figúrese usted, que durante los cincuenta años de nuestro matrimonio, fuera invierno o verano, estuviera sano o indispuesto, Marcial se levantó invariablemente a las seis en punto.

Ya la penumbra había entrado en la habitación y las dos mujeres se diluían en el tapizado de los sillones, fuera del tiempo, degustando el pasado con oporto, hundidas en una equívoca dulzura.

--A las seis y media --siguió la lechuza-- ya estaba en el cuarto de baño. Se depilaba la barba para no tener que afeitarse y se lavaba en una palangana pues había adquirido ese hábito en campaña, durante las maniobras.

»Usaba dos grandes jarras enlosadas. La de flores celestes lo surtía de agua para la cara durante una semana. Cada lunes, esa agua iba a parar a la jarra del angelito y estaba destinada al lavado de manos, también por siete días. Todos los lunes, invariablemente, el agua del angelito servía para regar las plantas.

»Yo siempre luché porque usará el agua corriente, le hablé de la higiene y busqué como aliado al doctor Descuret. Pero todo fue inútil: se mostró fanático en cuanto a ese hábito.

»Todas las mañanas, luego que Marcial se hubo lavado y vestido, rezábamos en común. Después tomábamos mate. Sorbido el quinto mate, mi finado esposo se dirigía hacia el gargajero.

»Allí, según lo favoreciera la fortuna, aguardaba media hora -- y hasta una hora completa-- que se le produjera una espectoración benéfica.

»Sólo cuando había obtenido lo que deseaba --y era así de tesonero en todas sus actividades-- salía alborozado del gargajero para ir a encerrarse en su gabinete, donde hay una gran mesa con colinas de pasta de papel, ríos de espejo, y allí practicaba su estrategia con regimientos de plomo. Eso le llevaba, exactamente, tres cuartos de hora.

»De la estrategia, partía inmediatamente para la iglesia y luego al cuartel. Volvía quince minutos antes del almuerzo. Leía cinco minutos »La Nación» y, los diez minutos restantes, los destinaba a hacer lugar a la comida.

»A continuación se sentaba a la mesa y sacaba del bolsillo superior de la izquierda de su chaqueta un pedacito de papel que utilizaba para preservar los manteles de las manchas que pudiera hacerle el tenedor».

--¡Qué monada! Así da gusto estar casada. --suspiró Emilia.

--Sí, querida. En ese sentido Marcial fue siempre muy considerado. Llevaba su esmero hasta el punto de que, a los tres días de servicio, ponía fecha a los papelitos y los guardaba en su mesa de luz, para otro uso.

»No hacía siesta. No bien concluía el almuerzo salía a dar una caminata por el rosedal de acá enfrente. Hiciera el tiempo que hiciera, iba al rosedal y siempre al rosedal. Cuando regresaba de su caminata me leía algún libro, sus discursos o arengas que se aprendía de memoria. Yo, mientras tanto, realizaba labores hasta la hora de la cena.

»Jamás dejó de acostarse a las nueve. Estaba tan absolutamente convencido de que a aquella hora toda la gente debía estar acostada que muchas veces nuestros sobrinos, los hijos de la Beba, dieron bailes en casa hasta medianoche --cuando venían a pasar las vacaciones-- sin que el pobre Marcial llegara a sospechar nada.

»Se ha murmurado de él que no tenía corazón. Lo sé. Y sé que la calumnia se originó cuando la muerte de su madre. Pero ¿no fue acaso su propia madre quien lo educó de ese modo tan ordenado?

»Cuando su madre su puso mala, la cuidó escrupulosamente, con esa puntualidad tan suya. Empeoró mi suegra un viernes a las ocho de la noche. Marcial la atendió con la solicitud de costumbre pero, al llegar las nueve menos cinco, se preparó para irse a la cama luego de autorizarme a que lo despertara no bien comenzase la agonía.

»Lo habré llamado a las once menos cuarto. Se levantó, se vistió, se peinó, fue hasta el lecho de su madre, la invitó a hacer a Dios el sacrificio de su vida y le recitó las oraciones para los agonizantes.

»Yo estaba muy abatida y Marcial tuvo fuerzas para consolarme: "Todo esto --me dijo con su envidiable lógica-- tenía que suceder porque mi pobre madre tiene mucha edad y es regular que la enfermedad preceda a la muerte".

»Su madre murió poco antes de medianoche y, no había terminado el día, que ya estaba Marcial de nuevo acostado y durmiendo de acuerdo a la ordenada educación que le diera, en vida, la difunta. ¿Qué mejor homenaje a una madre?

»¡Ay! A mi Marcial, puede decirse que lo mataron los golpes. Cuando sus compañeros de armas empezaron con el golpismo, solicitó el retiro. Y no era para menos. Él, acostumbrado a una vida espartana y ordenada, era importunado para reuniones que comenzaban a cualquier hora y no terminaban nunca. Antes de que sus compañeros lo tomaran por lo que no era, consiguió el retiro.

»Esto perjudicó de todos modos su salud. Estando en retiro, Marcial siguió cumpliendo con su estricto horario. Sin embargo, ya el tiempo te sobraba y lo he visto esperar en la puerta de la calle, con un frío tremendo, que fuera la hora de llegar a casa. Se negaba a entrar un minuto antes ni un minuto después».

--Tome otra copita, querida. Como usted lo habrá advertido, era reacio a recibir visitas. »En primer lugar, --explicaba--, porque uno no puede adivinar quién es el que llama; en segundo lugar, porque dejándole entrar, los pies emporcarían el piso; y en tercer lugar, porque para hacerles sentar sería preciso destruir el arreglo simétrico de las sillas».

»Pero lo fatal fue que su orden no se limitaba a lo doméstico, sino q ue le preocupaban los asuntos políticos y, desde 1958 entreveía próximo uno de esos grandes desórdenes sociales vulgarmente llamados revoluciones. Testigo y actor forzado de los hechos del 45, no estaba dispuesto a soportar una segunda borrasca.

»Por tal razón, fue a puente Alsina desde donde se tiró al río, después de haber escrito su nombre y jerarquía en una tarjeta de visita que tuvo el cuidado de envolver en un tafetán engomado. De este hecho desesperado me enteré confidencialmente por medio del doctor Descuret. Me alertó sobre la acentuación de su temperamento bilioso--nervioso y me narró que Marcial fue sacado del agua al instante de su calda por unos boteros que lo revivieron.

»Se hizo acompañar a casa de un amigo con el fin de no apesadumbrarme y, sobre todo, para evitar una destitución si se llegaba a divulgar la noticia.

»Luego de este desgraciado hecho, no quedó Marcial muy bien. No se repuso. Se mostraba taciturno, apesadumbrado. Por ese entonces reformó el mausoleo de la Recoleta para él y para mí, cercándolo con rejas de hierro y mandando grabar los epitafios sin las fechas de fallecimiento.

»Dios me perdone, pero no estaba en sus cabales. Cierto día fue a visitar nuestro mausoleo y creyó encontrar en la placa una inscripción que lo ridiculizaba. Para mí, se trataba de algún chiquilín que ni siquiera sabia la existencia de Marcial, pero él lo tomó muy a pecho.

»Figurándose que el cartel era obra de esos subversivos que todavía andan sueltos, pasó una semana redactando circulares a los periódicos y proyectos de ley para defender la democracia. Pero, finalmente, renunció a todo con valentía "para no agregar una perturbación

más a las que ya viene sufriendo la Patria", dijo.

»Tan patriótico renunciamiento, que lo llevó a anteponer los intereses de la Nación por sobre la conveniencia personal, puede decirse que fue. otra de las razones que le costaron la vida».

--Las desgracias, querida, es bien sabido que no vienen solas. Su orgullo sufrió otro golpe. Estaba tan abatido que el doctor Descuret le aconsejó un poco de distracción:

"Vamos, vamos hombre. No agrega nada a la virtud la carencia de vicios. Échese una canita al aire".

--Lo instaba mientras cambiaba conmigo una mirada de inteligencia para que yo secundara sus planes.

»Tanto hicimos que al fin Marcial decidió acceder y aceptó concurrir a una recepción en honor de un lord del Almirantazgo. Este señor, si bien todo un caballero, no podía sustraerse del célebre humor de su raza, según Descuret, aunque para mí todo fue simplemente falta de tacto.

»Este señor Almirante le preguntó a Marcial, con toda amabilidad, en cuáles batallas había ganado las condecoraciones que ostentaba. "Somos una nación soberana pero pacífica -- respondió mi marido--. No hemos mantenido guerras desde hace años ni queremos mantenerlas. Mis méritos se lograron en batallas de paz". Esto me lo contó con aplomo, pero debe de haberse sentido muy molesto.

»Todo hubiera quedado así de no haber estado presente un periodista --"uno de esos sujetos que no saben otra cosa que escribir', como decía Marcial--. Al otro día un matutino tituló: "A Batallas de Paz, Campos de Pullman' y no faltó el malicioso que corriera a informar a mi marido.

»Este aluvión de contratiempos, sumado a su creciente temor de que sobreviniera otro desorden social, llevó a Marcial a una tremenda decisión: volvió a casa, luego de su habitual paseo por el rosedal, preparó un féretro de encina que se había construido él mismo, se desnudó y se voló la tapa de los sesos. ¡Dios lo tenga a su lado!

»Sobre el ataúd dejó su testamento: "Primero: que no se enciendan velas después de mi muerte; segundo, que mi cadáver sea conducido directamente a la Recoleta, sin rendírsele honores, y tercero: que mi mejor amigo, Piñeirúa, compre todos los años aceite, por valor de quinientos pesos, para conservar sin orín el enrejado que cerca la tumba'.

»Nuestro mausoleo es sencillo. La Patria, a quién él dedicara su vida, tal vez no le haga nunca justicia. Pero para mí, eso que usted llamó garita, es un digno monumento en honor-- de su vida ordenada».

Calló la vieja lechuza.

Sumida en el dulce recuerdo de su general, recreaba un mundo libre de desórdenes sociales. Su nariz brillaba con una luz rojiza dentro de la noche que había bajado hasta los jardines.

No te pentecostés con la pajarera

Como es bien ignorado, hay en el barrio de Pentecostés varios hombres que naufragaron en multitud de pájaros.

Naufragar no es hundirse. Muy por el contrario: es antiquísima peculiaridad de los náufragos el mantenerse a flote con medios múltiples e inverosímiles, pero siempre con fe. Esa fe mostró muchas caras, en la historia de la humanidad y sus naufragios, hasta que vino a saberse que su nombre simple y definitivo es hombre. Y Ya no hay nada más que inventar en la materia.

Todo empezó cuando a Julio se le ocurrió un pájaro. Julio era joven y, cuando quiso compartir su ocurrencia, chocó con el odio y chocó con la simpleza y finalmente debió guardarla en una jaula.

Por ser campesino, Julio sabía minuciosamente de la existencia en la ciudad de bares automáticos, de tiendas con escaleras mecánicas y dudaba de la veracidad de las versiones sobre puertas que se abrían ante la presencia humana. Pero lo que nunca hubiera podido imaginar era la posibilidad de un negocio para la venta de pájaros.

Por eso, cuando fue a la capital en busca de trabajo, quedó de pie frente a la vidriera de la »Pajarería Lírica Paolini», ubicada en un estrecho zaguán del barrio sur.

Llevaba una recomendación de su tío, el abogado, para la »American Advertising Corporation», pero decidió que debía trabajar con Paolini o volverse al campo.

Entró entre las jaulas y las-- bolsas de alpiste.

--¿Alguna calandria, jovencito? Tengo un loro que recita al Dante y dice: «¡Evviva Garibaldi» Nada de grosería.

--No. Yo venía a buscar trabajo.

--Usted sabe lo que es bueno, ¿eh? Porque la »Pajarería Lírica Paolini» que, cuantitativamente, no representa lo que es, cualitativamente supera a todos los negocios del ramo y está a la vanguardia de los ornitólogos científicos del país. Yo soy Francesco Paolini: oratore, poeta, ensayista, pintore, músico e ornitólogo per excelencia.

Julio quedó de pie percibiendo el fresco aleteo de los pájaros en sus mejillas mientras Paolini lo analizaba con sus ojos de divo totalmente ajenos a su rostro bonachón y sonriente.

--¿Lavoro, eh? --continuó Paolini--. En las condiciones actuales mi personal es estrictamente restringido y rigurosamente seleccionado. No podemos comprometer el futuro luminoso de la Casa por cualquier aventurero sin vocación para el oficio. En suma: ¿qué referencia tiene usted?

Julio le contó sobre el pájaro que se le había ocurrido, de su alegría al descubrir que no era el único que los amaba y pidió ser aceptado.

--Bueno --dijo Paolini--, pero ahora no. Pasate mañana. Y se puso a revolver boletas en su mesa como si ya se encontrara solo.

El muchacho se fue rodeado de incertidumbre, pero firme y, no bien llegó a la esquina, rompió la recomendación de su tío y la tiró al viento.

Trabajar con Paolini fue más importante que los pantalones largos, casi más importante que la primera novia. Julio fue conociendo los pájaros uno a uno. Leyó sobre experiencias ornitológicas en Europa y Asia. Fue moldeando sus propias teorías, sus pájaros, bajo la orientación del maestro Paolini que se preocupaba en hacerle conocer los artículos especializados de los más profundos científicos en la materia.

La »Pajarería Lírica Paolini» fue creciendo. Cambié de local y puso sucursales. Todo hubiera ido mejor de no haber sido por una licitación del gobierno para la compra de cabecitas negras, un pájaro abundante en estado silvestre.

La cantidad que pedía el gobierno era desmesurada y,

además, se sabía de maniobras para adjudicar la licitación a una firma nueva. Hasta tal punto era así que se ignoraba si se había creado la licitación para esa firma o esa firma para la

licitación.

No se puede negar la honestidad de Paolini en ese entonces, pero lo cierto es que se ofuscó. No le interesaba el dinero. Quería, simplemente, luchar contra la corrupción, recoger parte de lo sembrado durante tantos años de trabajo. Pero la ofuscación le quitó grandeza y lo llevó a dar dos pasos en falso: aliarse con sus competidores irreconciliables y aceptar, aunque indirectamente, el asesoramiento de la »American Advertising Corporation».

Julio, que se veía así ligado a aquello que había elegido rechazar, soportó amarguras.

Como era previsible, la nueva compañía ganó la licitación y, si bien le hubiera costado intrigar contra la »Paolini» de haberse ésta presentado independientemente a la licitación, no le costó mucho desprestigiarla y envolverla en los negocios turbios de sus aliados.

La »Paolini» quedó, a raíz de ese mal paso, invalidada de presentarse a licitaciones oficiales.

Este golpe bajo no podía derrotar a Francesco Paolini, como tampoco a sus compañeros, pese a que se atravesaron años muy duros.

De haberse ganado, Julio había proyectado la aclimatación, el acondicionamiento, de los Tpájaros. »Pájaros Para Todos» era el nombre de la carmpaña. Y los pájaros habrían estado sueltos, comiendo de las manos de los niños, viajando en los pasamanos del subterráneo, alborotando la vida. Pero ahora los pájaros estaban en sótanos, dentro de estrechas ¡aulas y adormecidos.

Pasaron los tiempos duros sin llegar mejores.

Los pájaros comenzaron a morir por el encierro. Muchos se destrozaban contra los barrotes tratando de huir.

Pero Paolini tenía una solución y una respuesta para todo: cambio de renglón dedicándose a los pájaros embalsamados. De ese modo no había desperdicio ya que, ave que moría o se suicidaba, era aprovechable. Además el gobierno, que restringía los pájaros, no ponía

trabas a los taxidermistas.

Si es cierto que la realidad conspiraba contra los planes de Julio, él siempre trabajó para la »Paolini» con todo. Sabía que era difícil derrotar al »Zar de los Pájaros» --como llamaban algunos a Paolini-- y confiaba en que el viejo pajarero saldría finalmente adelante, es decir: con el plan de »Pájaros Para Todos».

Sin embargo, Julio sintió cierta alarma cuando la »Pajarería Lírica Paolini» se transformó en »Paolini Sociedad Anónima» con el italiano en la presidencia del Directorio.

--Lo malo que tienen las sociedades anónimas --decíaes que los dueños se esfuman, se transforman en fantasmas inasequibles y uno tiene que tratar con jefes de sección que no pueden resolver nada.

Todos dormían aquella madrugada en el barrio de Pentecostés.

Cuando la experiencia no embota el deseo es porque hay amor. Esta frase no sonaba, no estaba escrita, no procedía de ninguna parte porque vivía en todas las cosas, integrando todos los significados y aparentaba referirse a los pájaros.

Los pájaros estaban muy cercanos como si se los viera con catalejos o como si se fuera uno de ellos. Contra lo que pudiera sugerir su imagen idealizada, había agresividad en sus picos, en sus garras, en sus miradas tuertas. Pero la alarma no triunfaba y los pájaros continuaban fieles a todo lo que se había inventado sobre ellos.

Salía el sol, los pájaros volaban como nubes y se escuchaba el golpe de sus alas. Era un espectáculo alegre que resultó oprimente ya que el batir de alas abusó del sonido hasta ocultar toda imagen.

Por esa causa, Julio despertó aunque sin despojarse totalmente del sueño. El aleteo continuaba, ahora fuera de él. Permaneció un rato confundido hasta que descubrió la llama roja de un churrinche envuelto en el humo de sus alas que golpeaban el vidrio de la ventana.

Julio sonrió y se levantó. Sabía lo que tenía que hacer: primero liberar a ese pájaro que no se sabía de dónde había llegado; segundo, liberar a todos los pájaros.

Abrió la ventana y se hizo a un lado. El churrinche vaciló y luego voló hacia los árboles del jardín.

Ocurrió que comenzaron a reunirse en casa de Julio tres de sus compañeros de trabajo. Tomaban vino rojo por las noches, hablaban de negocios, contaban anécdotas que los iban acercando un poco más en una complicidad no declarada.

Una noche los visitantes atravesaron el jardín con dificultad, saltando sobre montones de varillas y rollos de alambre tejido.

Entonces todos sonrieron, se interrogaron con los ojos y hablaron poco. Antes de retirarse, le dijeron a Julio: «Vendremos el domingo» sabiendo que estaba todo dicho.

El domingo construyeron entre todos una gran pajarera que ocupaba casi todo el fondo de la casa y contenía arbustos y enredaderas.

Cada uno fue aportando sus pájaros que prosperaban como nunca.

Quienes visitaban a Julio no eran tres sino cuatro --como en el caso de Ios Mosqueteros--, pero Judas no debe ser mencíonado en esta historia.

Cierto lunes por la mañana apareció Gilberto. Traía un sombrero de brillante pelusa y una usada cartera de cuero.

Julio estaba desayunando en la cocina y lo invitó con mate.

Gilberto no aceptó y dijo: --Te llaman de arriba.

Julio fue hasta el pie de la escalera y volvió.

--No. Mi mujer y los pibes siguen durmiendo.

--No quise decir eso. Es Paolini quien te quiere ver.

--¿Qué pasa?

--No sé. Tenés que acompañarme.

--Puedo ir solo.

--Se mudó de casa y la dirección es un lío.

Por un rato sólo se escucharon los rezongos del mate y, finalmente, Gilberto dijo molesto:

--Cómo alborotan los pájaros en este barrio.

Luego de un recorrido absurdo, llegaron a la nueva casa de Paolini.

Julio fue demorado entre sillones y mesitas que parecían donadas por las tías de un joven dentista para que amoblara su sala de espera.

Finalmente Paolini lo hizo pasar. Sin saludarlo, le dijo: «No. Eso aquí, no» --señalando el cigarrillo que fumaba Julio. Y, al notar su desconcierto, agregó: «Apáguelo allí», mientras indicaba una salamandra.

No fue sólo la acción de agacharse para depositar el cigarrillo en la hornalla fría lo que enrojeció la cara de Julio.

--Bueno. --dijo Paolini-- Amigo, usted ya es un hombre grande. ¿Por qué no se deja de tonterías?

--No entiendo qué quiere decir.

--Usted sabe... eso de los pájaros para todos, que siempre estuvo en nuestro futuro. Fue nuestra meta. Yo traje esa idea al país cuando usted recién había nacido. Entonces ¿por qué enmendarle la plana al Maestro Paolini?

Desde la fundación de la Sociedad Anónima, Julio había vista muy poco y espaciadamente a Paolini. Ahora lo observaba y lo encontraba algo cambiado: la vejez le habla dulcificado los rasgos dándoles un toque femenino que los volvía neutros.

--En este momento histórico, para nuestra firma --continuó Paolini-- estamos manejando otros rubros. Editamos hermosos catálogos a todo color con ilustraciones de pájaros internacionales, mejor dicho: mundíales. Destacándose entre ellos los nacionales que no desmerecen gran cosa. Todo eso usted lo sabe muy bien.

»¿No es una conquista? ¿No tenemos el apoyo del coleccionismo de la capital y del interior del país que nos respalda?

»Después de aquella negra licitación sucia de fraude. ¿No nos hemos repuesto? ¿No hemos vuelto a ser admitidos legalmente por el gobierno? Estamos por ganar una licitación de cincuenta catálogos para la ciudad de Trácate. ¿Quiere usted echarlo todo a perder en su afán

individualista?»

--Sigo sin comprender. --dijo Julio-- Tal vez yo sea un poco impaciente, pero ¿a quién puede dañar que tenga una pajarera en mi casa?

--¿Sólo una pajarera? Eso suena muy inocente. Y después ¿qué va a hacer con los pájaros, cuando se aclimaten y multipliquen? ¿Se los va a comer con polenta? ¡No! Usted y sus amigos no son capaces de comérselos con polenta. ¿Qué harán entonces? ¡Los pondrán en libertad!

--¿Sería muy grave?

--¡Sería una revolución!

--La revolución.

--*Sí.* Sí. Vuelta la Paolini a estar fuera de la ley como si fuéramos malhechores. ¡Un gran retroceso! ¡Un golpe fatal para nuestro incesante fortalecimiento! Y ¿todo por qué? Por un insignificante grupito de aventureros.

--No somos aventureros --explicó Julio-- Nos limitamos a seguir, en pequeña escala, su prédica.

--¡Qué insolencia! Pretender ser más papista que el Papa. En suma: deshagan ese mamotreto de alambre. Dedíquense de lleno a la promoción de los catálogos. Son mis últimas palabras. Buenos días.

Julio ya estaba en la puerta cuando Paolini lo llamó. --Escücheme, amigo. --dijo-- Es bueno que los hombres tengan inquietudes, pero deben ser constructivas. ¿Por qué no se dedican a la filatelia? Hay países que reproducen hermosos pájaros y eso, además, enriquecería nuestro catálogo.

Julio se fue sin responder a Paolini. Estaba muy apenado. Un sabor a cero le ensuciaba la boca.

Cuando el fin de semana, fueron llegando los amigos al barrio de Pentecostés, ninguno habló más allá del saludo.

Finalmente Andrés dijo:

--Me llamó el tano. Fue por esto de la pajarera. Le dije que yo iría hasta el fin y entonces me exigió que me retractara. Le presenté la renuncia que ya tenía en el bolsillo porque me veía venir el asunto.

--Sí --dijo Julio--.

--Sí, todo bien --continuó Andrés--, pero hoy me mandó un colacionado: «Comunicámosle queda despedido por desertar contrato punto incorrespóndele ningún tipo indemnización legal punto Paolini S. A.».

Entonces todos sonrieron, sonrieron, sonrieron, y Julio se rió, se rió, se rió, y después dijo:

--A mí no pudieron mandarme ningún telegrama. Razones técnicas. Fui tres días en la semana al local. Un día para palpar al monstruo, otro para tratar de no creer en su existencia, y así alternativamente hasta que salí convencido.

Todos lo escuchaban sin comprender.

--Muy sencillo: Hace treinta años que, según creía, trabajo en la Paolini. Sin embargo, las tres veces que fui, nadie me saludó. Ninguno me conocía. Pregunté si me habían despedido y sólo me respondieron con sonrisas de asco. Finalmente José, a esta altura creo que es el portero aunque no pueda afirmarlo, se compadeció de mí y me explicó la situación: «No. ¿Cómo podrían despedirlo si usted, como es sabido, nunca perteneció a la firma?»

Como la araña peluda

Estaba bien que el tipo fuera tornero, pero la comida hace mucho que no es gratis. Lo sé mejor que nadie porque en esta fonda comen diariamente cien, por parte baja.

El tipo no era orgulloso. Con cualquiera compartía la mesa de buena gana cuando había mucho público. Le gustaba comer fuerte y le daba al picante como un mexicano.

Yo estuve embarcado siete años como cocinero. Recorrí mundo y conocí caprichos gastronómicos y raras costumbres, pero el tipo me tenía con la espina.

Tal vez le haya hecho creer, con lo que dije, que el hombre pedía platos raros. Discúlpeme, pero ese no era el caso. ¿Qué otra cosa se puede comer acá a no ser un buen carré de cerdo o ternera al horno con papas, aparte de los ravioles?

Aun cuando me falta el cocinero y estoy muy desatado no preparo, extravagancias.

Lo que me tenía intrigado era el asunto de la viandita. ¿Qué se creía? ¿Una Olla Popular a transitores?

Yo la pifiaba porque no conocía a su esposa. Es más: nunca se me dio por pensar en que el tipo era casado. Pero los franceses tienen razón con eso de cherché la fame.

Porque --no son lisonjas; son veracidades-- la mujer es como la araña peluda: después del amor, se come al macho con patas y todo.

Habrá notado que el matrimonio deja de ser dormitorio y se convierte en cocina. La reina de nuestro corazón pasa a ser la dueña de nuestro estómago. Así es.

¿Qué le iba diciendo? Ah, sí, la viandita.

La traía de la casa con puré, con caldo... Comida para enfermos. ¿Usted creerá que la comía? No. La cosa más bien le reventaba y daba ese menú de hospital a quien quisiera o iba a parar a la basura mientras que él se atragantaba con ají.

Un día --recuerdo que era verano y el ambiente en la fábrica estaba espeso-- habían empezado la huelga de brazos caídos y estaban considerando el paro.

Los patrones se pusieron nerviosos y trajeron mucha policía.

Al mediodía se llevaron a un orador de la puerta de la fábrica; le dieron como en bolsa.

Acá todos vinieron a comer como siempre aunque el ambiente quemaba y todas las mesas parecían una sola y se hablaba a los gritos de un rincón al otro.

El tipo era de los primeros para la lucha. Un buen dirigente, decían. Aunque nadie votaba su lista cuando había elecciones en el gremio, sin embargo, todos lo consultaban por cualquier problema y seguían sus consejos como si fuera la Biblia.

Por eso, cuando llegó el patrullero me extrañó verlo empalidecer, abandonar su plato por la mitad y escapar por la puerta del costado.

El patrullero siguió su recorrido justo en el momento en que, vacilante, entró una mujer.

Tendría algo más de cuarenta años y caminaba entre los hombres como esquivando canteros en una huerta y se me apersonó. Era la esposa del tipo y venía a buscarlo no sé por qué asunto.

Como le dije el hombre no era mala persona de modo que no quise hablar de su huida hasta que él, de alguna forma, diera una explicación.

Por eso le mentí a la mujer que él no había estado y, no sé por qué, le afirmé que no lo conocía.

Pasé mucha vergüenza. porque ella me miró como una madre que quiere catar si el chíquilín no le estará mintiendo y salió como había entrado.

El hombre dejó de venir a comer el tiempo necesario como para que lo olvidara y no mereciera otra cosa que un recuerdo desagradable y pasajero.

Cayó una noche de lluvia y pidió una grapa en el mostrador.

Lo atendí como si fuera un desconocido, mientras escuchábamos la transmisión de la pelea en la que Bustingorri perdió el invicto. ¿Se acuerda? Fue una injusticia. Estábamos todos tirados

por el fracaso del vasco y por eso los muchachos se desbandaron temprano.

El tipo seguía allí como remachado al estaño, como si el va,sco no hubiera mordido el polvo de esa noche y nunca hubiera pasado otra cosa que llover y tomar grapa.

Le iba a decir que cerraba cuando el tipo me sorprendió de nuevo al decirme: «Gracias».

--Gracias ¿de qué? --le pregunté como un insulto. Entonces me contó toda la historia y le pedí disculpas y que fueran, con su esposa, padrinos del menorcito.

Porque su mujer era estéril, el hombre tuvo que ínventarse una úlcera. ¿Me interpretó?

Tiempos viejos

Por desesperación y alevosía llegué a Trácate, pequeño pueblo fronterizo. Luego de cuatro meses de desocupado, había conseguido que una droguería de la capital me encargara el cobro de una antigua cuenta. Pero en realidad yo ya no buscaba trabajo, sino una coartada para no estar en el lugar de los desechos. No quería permanecer en una ciudad sin Tina, en un sitio donde Tina me había abandonado por un fotógrafo.

Lo primero que me quitó la fe acerca del trabajo fue la sonrisa del contador, allá en la capital; y después fue la vista del pueblo de Trácate y la farmacia cerrada en pleno día --frente a la plaza y a un costado del Municipio-- como si alguien hubiera avisado de mi llegada y de mis propósitos.

Dejo que la realidad me diga las cosas de a poco y, aun, le permito el lujo de suponerme embaucado. Por eso fue que me limité a espiar desde la calle hacia la penumbra del local donde --ntre los potes de porcelana y los frascos de vidrio caramelo-- entre los anuncios de laxantes y las estanterías casi desiertas-- el aire estaba límpido y quieto como una suspensión química que hubiera decantado insectos y pelusa sobre los escaparates y el piso.

Como ya había consumido todas mis maldiciones durante mi desocupación, sólo pude recurrir a una risa que comenzó seca y concluyó como algo parecido a la alegría. Entonces, crucé la plaza y entré al hotel donde tomé una pieza.

Sin haber almorzado, por desconocer el puntual atraso de los trenes, me tiré de espaldas en la cama de mi habitación y jugué a que existían cosas como la fortuna y el destino mientras decidía creer que era domingo y que por eso estaba cerrada la farmacia.

De tanto en tanto, sin embargo, iba hasta la ventana y miraba --por sobre las copas de los árboles-- la puerta de la farmacia Paracelso que aparecía cerrada una y otra vez en aquella tarde repetida.

Cuando cayó el sol bajé al bar. Allí comí algo y comencé a investigar tímidamente acerca de la posible existencia de Paracelso, temeroso de que todo fuera una broma o una tarea sin sentido.

Mientras hablaba con el hotelero sospeché que yo no debía parecer del todo un viajante ni un cobrador, pues creí notar que el hombre escatimaba consagradas bromas sobre el farmacéutico y buscaba un lenguaje nuevo, entorpecido por la compasión y la cautela.

--Suele ir a La Loma y, por las noches, --me dijo-- se lo encuentra tomando aperitivos.

--¿Aperitivos? --dije.

--No se extrañe tan pronto pues, además, no come. --Será como un dique sin agua --dije en broma-- que abriera las compuertas por costumbre.

--Mucho más peor que eso: es como herradura.

--¿Como herradura?

--Mismo: siempre pegado al vaso.

Reímos hacia las vigas blanqueadas y los ventiladores de techo. Luego me explicó que La Loma era un cabaret y cómo llegar allí porque estaba en las afueras del pueblo.

--¿Pariente? --me preguntó.

--Conocido --mentí-- desde hace años. Meneó la cabeza y no quiso decir más nada.

De modo que me quedé junto al mostrador aguardando que oscureciera. Mientras esperaba se me acercó un viajante y, vaya a saber por qué y cómo, terminó hablándome de libros.

--Leí tres veces María. --me dijo y agregó en un susurro: Pero a mí el que me gusta es Borges.

Le di a entender que acababa de oír algo muy interesante y él continuó confesándose:

--Me apasionan los laberintos. Lástima que no pueda pensar en ellos cuando manejo: me duermo infáliblemente. ¿No es curioso?

--Seré curioso --dije--. ¿Usted es soltero?

--Si.

--Y... ¿vive con su hermana que es como una segunda madre para usted?

--Si, sí. ¿Cómo lo sabe?

--Sicología de vendedor.

--Ja, ja. --dijo-- Usted tiene futuro por delante.

--No crea. Sólo algunas veces. Pero usted ¿a dónde quiere ir con Borges? ¿Con un tipo que borda las sábanas donde otros harán el amor?

--¿Qué quiere decir con eso?

--No lo sé; yo no leí nada de él. Esa frase la repetía Tina. Ella sabría por qué lo decía ya que era estudiante de filosofía y letras. Y me arriesgo a suponer que tenía cierta afinidad con ese coso pues su sexo era un laberinto rectilíneo.

--Perdone la indiscreción --dijo el viajante-- pero ¿quién es Tina?

--Tina era una mujer, como le dije. Con un solo defecto: me abandonó por un fotógrafo.

--¡Un fotógrafo! --exclamó el hombre-- lo siento mucho.

Dejamos de hablar. Con la conversación muerta sobre el estaño, continuamos bebiendo en silencio, relojeando los progresos del crepúsculo.

Cuando noté que había oscurecido me despedí del hombre que admiraba a Borges y salí en busca de La Loma.

Confusamente consideraba que el hotelero quería divertirse conmigo inventando un cabaret en nitad de la pampa y un farmacéutico ayunador, tomador de aperitivos por las noches, rodeado de putas familiares.

Llegué a pensar en una retirada: en volver a la estación y tomar el primer tren que pasara para cualq uier lado. Sin embargo, después de las quintas y tras un recodo de la ruta, vi luces contra el cielo.

Penetré en un parque con jardines y, en ellos, automóviles y, más allá, una chocante algarabía q ue sonaba atenuada y por momentos. Estuve finalmente a las puertas de La Loma y, al entrar, fue como si todo el viaje resultara mentira --mucho menos que un sueño-- al percibir el olor de ambos sudores, el de ambos sexos y de ambos tabacos, tan inesperados luego del aroma del parque y del rocío. Fue tal la sorpresa que creí no haber dejado la capital.

Una apacible y vieja tortuga me exigió, desde el caparazón del guardarropa, la entrega de un pañuelo que yo llevaba al cuello. Se lo confié con recelo recordando que era el único vestigio de Tina.

Finalmente entré al salón.

Fui a sentarme a una mesa apartada y al rato vino fatalmente Sonia o Mara o Ivonne, no recuerdo, y entonces le pregunté por Paracelso.

--¿Venís por ese? --dijo.

--Vengo por ese --dije.

Me agarró la mano, le dio una chupada a mi cigarrillo y se fue.

La vi regresar al rato. Se me sentó al lado y dijo: --Tengo sed.

--¿Y Paracelso?

--No te hagás el bobo.

Me reí con ganas, en cierto modo, halagado porque ella advirtiera de inmediato q ue podía hablarme con toda confianza. Noté también que los dos estábamos trabajando en distintos oficios con igual desgano y, sin embargo, con dispar eficiencia pues no habla terminado de reírme y ella ya tenía una copa servida.

--¿A vos también te da por los aperitivos? ~le dije. --No me comparés con ese loco.

--Bueno, pero ¿dónde está?

--Ya te lo voy a mandar; no te pongás nervioso.

Hundí la cabeza entre las manos bromeando desperación y, al volver a mirar, noté que ella --Sonia, Mara o Davi-- ya no estaba.

Entonces me dediqué a observar quien podía tener cara de Paracelso pero ninguno encajaba hasta que vi salir a un hombre de la trastienda y enfilar hacia mi mesa.

--Caballero... --me dijo. Tenía canas mezcladas con un pelo negro y duro cortado a la

Umberto Primo, los ojos azules y la boca muy por debajo de una nariz hinchada.

--¿Don Paracelso?

--Servidor. --se sentó a mi lado sin desconfianza pero algo azorado como un viejo maestro junto a un ex discípulo al que no puede recordar.

--De Miller Limitada --le dije.

--Ah. --suspiró-- Mucho gusto. Lo esperaba. Casi diría que siempre lo estuve esperando. Pero este no es un sitio apropiado. Mejor vayamos a la farmacia. Ahí también encontraremos qué beber.

A la salida, entregué mi número a la tortuga que me devolvió el pañuelo y una tarjeta que me eché al bolsillo sin leerla pensando que se trataba de propaganda.

En el camino noté que el viejo se movía con mucha agilidad. Me habló sobre las bondades de la naturaleza hasta que llegamos a la farmacia. Abrió la puerta trabajosamente y entramos.

--Acá, al menos, no pago alquiler --dijo Paracelso.

Esas palabras golpearon en el techo, resonaron y, al caer, fueron quedando colgadas en girones de las estanterías.

--Soy viejo --agregó-- Viejo y también iluminado, como un farolito. Verlo a usted y comprender todo, saber anticipadamente el pequeño y profundo futuro de esta noche, me resultó fácil.

Caminábamos en la penumbra de la farmacia abandonada, arrastrando los zapatos entre el polvo o triturando goteros y bakelita hasta que Paracelso encendió una lámpara a kerosén y me preguntó de qué me reía.

--No me río --dije-- me sonrío por esta tregua, por este amago de alegría.

Paracelso no me escuchó. Removió frascos, potes, mientras su sombra de alq uimista bailaba en el techo, hasta encontrar una botella y dos anchas probetas que colocó sobre la mesa a modo de vasos.

--Humildemente --dijo-- no pretendo haber descubierto la inmortalidad, pero voy tirando. ¿A qué han recurrido los matusalenes de todos los tiempos para prolongar la vida? Al ayuno.

--Hay complicados --continuó-- aunque en realidad pasmosamente simples procesos de intercambio de iones que cooperan a la restauración celular y que se producen cuando el organismo no se encuentra intoxicado o sobrecargado de trabajo. De ahí la ventaja del ayuno. El ayuno trae hombre, que es el primer eslabón perceptible de la cadena purificadora. ¿Qué ocurrirá, entonces, si potencializamos el hambre? Honestamente, lo ignoro. Pero sin duda que serán maravillas: lo inesperado y algo más.

»Con tal fin he creado este Licor de Paracelso que simplemente, un aperitivo básico, isotónico, elemental. Pruébelo».

De gusto indefinido, dejo amargo y resultados desconocidos, el menjunje se dejaba tomar.

--Ah --continuó el viejo-- ¿para qué querrá vivir esta momia? se estará preguntando. No es que quiera vivir. Lo que deseo es que la muerte no llegue antes de mi culminación; de la culminación de un total entendimiento entre dos seres humanos: mi esposa y yo.

»Ya no nos falta mucho para lograrlo, salvo un detalle irritante, una debilidad o propensión femenina que será superada».

Paracelso observó mi vaso, aprobó con una sonrisa el encontrarlo vacío, y luego de servirme más licor, continuó:

--Es absolutamente falso que el orden de los factores no altere el producto. Eso ocurre sólo en matemática y, como no puedo convertir mi experiencia en ecuaciones, debo inevitablemente empezar por el principio.

El viejo moderó la luz de la lámpara que humeaba, los dos nos acomodamos lo mejor posible en nuestros asientos y comenzó la historia.

«Imperceptiblemente --dijo-- la fui queriendo en tardes de sol para incredulidad de sus arrugas. Yo estaba encandilado con la capital donde, según creía mi padre, estudiaba farmacia. Ella vivía en casa de unos amigos y se llamaba Matilda.

»Tenía quince años más que yo y la frivolidad en que transcurría le había impuesto el convencimiento de que era fea y vieja. Mi visión virgen, por lo desprejuiciada, me mostró que

Matilda no era una ni otra cosa sino intemporal y hermosa. Me enamoré de ella y fui rechazado.

»Mi impulsividad juvenil --tendría veinte, no, miento. veintipico años-- me llevó a elegir el suicidio como única salida. Busqué una yilé en el baño, salí a la calle y tomé un coche de alquiler. "Lléveme a un sitio donde morir", ordené mientras me hundia en el asiento cavilando las imágenes de desesperación y arrepentimiento que provocaría mi muerte.

»Ensimismado estaba cuando una luz cruda me dio en la cara y un evidente olor antiséptico entró en el coche. La realidad era que el bruto del auriga me habla llevado hasta la sala de guardia de un hospital.

»Escapé de allí como de la mismisima morgue y tal choque entre el basto sentido común del prójimo y mi idealismo --si bien no el primero ni el más crudo-- fue el que me determinó a luchar definitivamente por mis creencias, mis ambiciones y renunciar a las soluciones fáciles y engañosas.

»Sin embargo, para vencer la falta de fe de Matilda, tuve que cortarme las venas. Toda mujer es una madre y ella vino hasta mi cama con sus pesados años de soledad y sus dientes separados tras de un rostro desvastado por la dicha.

»Yo le ofrecía amor y se lo impuse. Nuestro peor enemigo fue un e jército de fantasmas, de turros y macrós q ue la habían usado y arrojado, que le habían hecho creer en su fealdad, en su importancia accidental y accesoria.

»Finalmente aceptó olvidar sus escaldaduras y confiar en que, lo que se habla confesado desear durante noches espantosas, estaba allí --más que aguardándola, como en un sueñoimponiéndosele como un oasis.

»No me inspira la vanidad sino el realismo. Quiero contarle a usted esta historia de amor que, por fortuna, me pertenece. ¿Por qué lo hago? Tal vez porque estoy viejo o porque el narrar da ilusión de cosa aca bada y perfecta.

»En ese entonces yo había descubierto el alma por segunda vez. Comenzaba a comprender que hay vías de comunión en el terreno de lo inefable. Desde el primer momento ella y yo fuimos dos vasos comunicantes y eso estuvo muy bien.

»Estuvo bien sólo por un tiempo porque considero al pequeño ambicioso como al ser más tonto y despreciable. Más opaco que el plomo; un mediocre. Y no soy yo de esos botarates que pueden conformarse con la tibieza perecedera de un trébede. El sol es para mí la unidad básica. No nos engañemos: menos que el sol ya es frío y tinieblas.

»Cada vez más y más, comencé a percibir que, de los dos vasos comunicantes, yo era el *de elección* --designado para fines singulares-- mientras que en el otro se percibían alarmantes mareas.

»Es bien sabido hasta qué punto, de las mujeres, abusa la fisiología».

--O viceversa. --le dije, porque eso de inventar palabras como trébede y toda su pedante solemnidad me irritaban. También porque el incomparable elixir me había rebotado ,desde los talones.

--No sea grosero, amigo --me corrigió--, estoy refiriéndome a una dama de calidad.

--Salud, entonces --le dije, y nos mandamos otro trago.

»Asi fue la cosa. --continuó el viejo-- Cierto día noto que estoy hablando al aire, a las paredes y que Matilda no me escucha. Reparé en ella. Fue como si la viera por segunda vez: estaba armando cajitas de cartón.

»¿Esa es forma de buscar la comunión? --vociferé.

»--Tenemos que comer, Celsi.

»Comer, comer. Vos, y tu maldita filosofía. Siempre la misma mentalidad pragmática de tu sexo. --le dije exasperado. Luego, ya dueño de mí, me senté a esperar pacientemente su menopausia convencido de que con su advenimiento Matilda y yo nos encontraríamos finalmente en igualdad de condiciones.

»Usted, aunque joven, habrá podido observar dos cosas. que el amor maternal se expresa frecuentemente en términos antropofágicos o gástricos como "qué rico, me lo comería, etc." y que no hay mujeres ayunadoras. Es más: entre ellas abundan las polífagas. Debo advertirle que dentro de lo que comúnmente llamamos hambre hay toda una gama de matice& No voy a

cansarlo recitándole un tratado pero le diré cuáles son los tres tipos fundamentales:

»Entre los ingluvies es preciso destacar tres grandes grupos: los antropófagos, los omófagos y los polígafos. Conviene definir estas palabras pues el omófago no es necesariamente un antropófago, como muchos podrían creer. El antropófago es un comedor de hombres; el omófago es un comedor de carne cruda; y el polífago es un trágalotodo. De manera que un antropófago podrá comerse un hombre; el omófago le comerá, si conviene, crudo; y el polífago llegará a tragárselo vestido. De ahí que las mujeres, siendo generalmente polífagas están marcadas por su sexo. Estas evidencias fueron las que me hicieron desear la menopaüsia. ¿Me interpreta?»

--Sí --dije-- adelante. En realidad no comprendía gran cosa pero quería comprobar hasta dónde era capaz de llegar ese anciano, hasta qué punto nuestros idiomas y nuestros mundos eran ajenos.

Paracelso sirvió otra vuelta de licor y continuó el relato:

--Eso de que me senté a esperar, es un decir. En verdad comencé más activamente mi preparación espiritual. Me afeité la cabeza y pasé largos días en las sierras alimentándome de frutos y dedicado a la lectura de textos sagrados, analizando también los sueños en colores que me era dable recordar. Los cuales, como nadie ignora, son de Indole premonitoria.

»Todos estos esfuerzos, si bien no estuvieron libres de altibajos, concluyeron con el éxito. Cierta noche en que yo velaba --junto a los textos-- presa de la meditación y liberado por el ayuno, una voz que no me aventuro a identificar, me dijo: "Tú serás la quinta columna del bien en la casa del Anticristo".

»Sin dar en ese momento con el significado real de esa orden, supe que debía abandonar las sierras rumbo a Trácate. Una vez allí, no hice sino encontrarme con significativas noticias.

»En primer lugar, Matilda me informó que la menstruación la había abandonado desde hada tres meses; luego se me enteró acerca de la instalación de ese antro, que usted conoce, La Loma, y, finalmente, supo que mi esposa habla logrado allí una colocación.

»Tú --le dije a Matilda-- tú serás la punta de mi lanza en la lucha contra el Anticrísto».

Paracelso se iba exaltando abruptamente como si la cima del relato y las numerosas copas de licor formaran para él un cóctel traicionero. Se puso en pie gesticulando ampliamente con los brazos de modo que su silueta de espantajo, proyectada por la lámpara, tocaba el cielo raso y las estanterías huecas de específicos.

»La cruzada que me había sido encomendada, puedo proclamarlo con la frente en alto, se cumple... Escribo lo que se rne dicta con una tinta simpática, a base de arruruz y fécula de maranta, que se borra a los tres días de aplicada. De este modo, sólo aquellos que realmente se sienten llamados hacia el bien, pueden recordar las consignas que los espíritus frívolos no tardan en echar al olvido como a frases sin sentido, como un error de destinatario y esto último es rigurosamente exacto.

»¿De quién ine valgo para distribuir las misivas? Pues --de esa señora que usted vio atendiendo el guardarropa de La Loma, que no es otra que Matilda, mi esposa.

»Sin embarego nuestra tarea no llega a la perfección pues se realiza sin alegría y sin fe. Matilda no se entrega --nunca lo hizo-- en su totalidad. Que tiene miedo de que la despidan, pues algunos clientes se han quejado, que esto y que lo otro y que lo de más allá.

»Entonces yo trato de explicarle, de hacerle oír las voces con las que he sido agraciado y todo marcha bien pues ella pone toda su buena voluntad. Pero siempre, cuando el instante de nuestra comunión está a punto de ser perfecto, cuando ya llega, cuando las voces casi pueden ser audibles para ambos, ella se arroja a mis pies y llora. Llora como lo hago yo en este instante».

El viejo se encontraba llorando a todo trapo y yo sin saber qué hacer ni qué decirle.

Finalmente se inclinó sobre la mesa y hundió la cabeza entre los brazos. Sólo atiné a pasarle una mano por su rígida cabellera. Dio un gran suspiro y al instante producía acompasados ronquidos.

Noté que amanecía. Apagué la lámpara y, luego de una última mirada a Paracelso, salí de la farmacia que, en aquella hora semejaba una vieja obra muerta encallada en os canteros de la plaza.

Afuera el amanecer era como una siesta fría. Crucé la plaza hacia el hotel sin encontrar a nadie salvo a dos monjitas, con cara de leche cuajada, que se escurrieron dentro de la iglesia.

Recogí mis cosas de la habitación, pagué la cuenta del hotel y fui al bar para comer algo. Allí, sentado frente a una mesa estaba el hombre que admiraba a Borges junto a un rubio con cara de pájaro.

El viajante me hizo señas de que fuera a sentarme a su mesa y nos presentó:

--El primer edil socialista de Trácate; un joven que promete.

Y agregó:

--¿Sabe lo que pasa del otro lado de la frontera? --No --dije-- No lo sé.

--Hay revolución.

--¿De veras? --dije.

--De veras --dijo--. Una revolución verdadera, no como las de acá.

--Vamos, por más importada que sea, no pensará en vendérmela.

--No haga bromas. Yo sólo vendo productos acreditados. --dijo y agregó: Voy a llevar al señor edil a la frontera pues debe controlar si se cumplen las ordenanzas de higiene y vacunación con los refugiados.

--Ajá --dije--. Y ¿no habría un lugarcito para mí?

--Cómo no. Ni una palabra más. Usted será de la partida.

Pensé que ya no tenía nada que hacer en Trácate y que volver a la capital, sin Tina ni trabajo, carecía de sentido.

Una vez que desayunamos, el viajante pagó y salimos hacia la frontera. El hombre que admiraba a Borges seguramente no estaba pensando en los laberintos pues manejaba a una velocidad rasurante y con aplomo.

--¡Nunca vi una revolución! --dijo de pronto como un chico se podría referir a un dragón o un elefante.

--Perdone, pero si continúa a esta velocidad excesiva --interrumpió el edil-- ninguno de nosotros alcanzará a verla.

Supuse que temía quebrarse la nuca y me hice solidario:

--Sí, vamos a reventarnos --dije-- verdaderamente.

--No. --me respondió el edil-- No. Existen ordenanzas de velocidad máxima y están para cumplirlas.

--Usted perdonará --intervino el viajante-- pero no me interesan las ordenanzas. Es más: son lo que menos me agrada luego de los impuestos. Y se puso a reír como si hubiera dicho algo muy gracioso.

--Yo soy respetuoso de las ordenanzas --cortó el edil--. Para eso fueron hechas.

Entonces le dije:

--Ojo. Los revolucionarios también son contraventores. ¿Cómo va a ser la cosa, entonces?

No dijo nada, pero sus orejas, que era lo único que ine mostraba, cambiaron de colorido.

Muy callados, llegamos a la frontera.

Había una gran confusión de gendarmes y, en contraste con una carreta que gemía sobre la ruta, llegaron tres automóviles con chapa diplomática. Se trataba de funcionarios de la embajada norteamericana que huían con sus familias.

El hombre que admiraba a Borges se mostró defraudado. --Valiente espectáculo. ¿Vinimos a una revolución o al Salón del Automóvil? Yo tengo que seguir mi itinerario --dijo.-- ¿Lo puedo acercar a alguna parte?

--No. --respondí pensando rápido-- Me quedo. Pero antes quisiera hacerle una pregunta a usted que es una persona culta.

--Diga, --exclamó satisfecho-- diga nomás. --¿Qué es un trébede?

--¿Un trébede? --exclamó arqueando las cejas. Pensé que no sabría y sentí deseos de abrazarlo. Pero dijo:

--Se trata de una habitación que, a modo de hipocausto, se calienta con paja.

Apenas pude dibujar una sonrisa y le estreché la mano como para apresurar la despedida.

Cuando me quedé solo, recordé que no tenía pasaporte. Entonces fui caminando

discretamente hasta un bosquecito que se veía a unas cuadras. Allí me tumbé entre los árboles esperando la noche para ir a palpar al dragón que sele escapara al viajante.

Fui reflexionando que de ese lado donde me encontraba, lleno de gente vieja, de tiempo usado, de fotógrafos, de místicos y legalistas, atestado de trébedes, yo no tenía nada que hacer por el momento.

Entonces vi una pareja de pájaros buscando briznas para nido. Recordé que tenía todo un día vacío por delante y comencé a rasgar, casi en hilachas, el pañuelo de Tina. Puse un manojo de hilos en un claro y pronto los pájaros, dejando la desconfianza, comenzaron a llevar la seda en sus picos.

Esto me dio una alegría de convaleciente que por primera vez pasea bajo el sol y estuve así --mirando los pájaros, el ramaje, el cielo-- hasta que comenzó a oscurecer, sin acordarme del hambre como si me hubiese enamorado de nuevo.

Cuando resolví ordenar mis documentos, por si llegaba a necesitarlos en los días siguientes, encontré la tarjeta que me había deslizado Matilda junto con mi pañuelo.

Encerré la cartulina en un puño y jugué a predecir su mensaje:

--Los viejos tiempos que hoy corren. ¡Oh pecador! Serán triturados por un futuro incierto. --reí.

Finalmente observé la tarjeta: estaba en blanco y nunca sabré si falló la tinta simpática de Paracelso o si se trataba de una artimaña de la vieja tortuga protegiendo su caparazón hasta la muerte.

Las mojcas

No quiero presumir pero, a veces, cuando con la cuadrilla paramos lejos de cualquier pueblo y es de noche, pienso.

Recuerdo esos papeles de colores que hay en las estaciones de servicio, que no entiendo gran cosa porque no sé leer, y que dicen son dibujos de la Patria, mapas, que dicen.

Ese recuerdo, antes me daba risa porque me resultaba cosa de niños y decía: «¿a papá con bananas verdes?» Y creía que con tantos años de ruta, recorriendo el verdadero mapa, me las sabía todas.

En esas noches, digo, pensaba en los delicados de cara que lo ven todo liso y de pinturitas en esos dibujitos y creen que todo es un paseo. Y me reía.

Pero pensar tiene su doble filo y una noche saltó la bronca. No estábamos lejos del pueblo pero llovía mucho como para ir de a pie. Yo quería estar con alguna mujer y era imposible porque llovía mucho, dije, pero dentro de la carpa. Afuera era un diluvio.

Por todo esto no podía dormir y ponla en hilera todas las mujeres que había conocido y hubiera sido como contar ovejas y hubiera terminado durmiéndome de no haber sabido que habría mujeres por delante y yo sin rostros, sin nombres. para llamarlas.

A todo esto los autos pasaban por la ruta mo jando el agua con sus focos. «Carajo --dije -- con un auto me voy al pueblo y se acabó el velorio». Los de la cuadrilla no tenemos autos y los camiones, que nos traen el pedregullo, por la noche se quedan en los depósitos de cada pueblo. Me puse un encerado y subí hasta la ruta para viajar a dedo.

Pasó un camión lechero salpicando que daba susto pero no me paró. Le mandé unos insultos, sin rencor, y la verdad es que tuve suerte porque me levantó un rifle que era un tiro.

El coche olla a tabaco rubio y a perfume. Me sentí un bacán todo bien acomodado en la delantera. El tipo era macanudo para pasar el rato. Me convidó con cigarrillos y buena caña o whisky de un frasco chato forrado de cuero.

El hombre venía con ganas de darle a la lengua y me buscó. Cuando supo que yo era de los que tapan los baches empezó a presentar quejas, medio en broma. Más bien se tiraba contra el gobierno porque cobraba impuestos demasiado altos. «Vea --le dije-- yo sólo pago impuestos a los cigarros y a la bebida y estoy igual jodido».

El tipo la seguía con que si llenábamos los pozos con caramelo, que cualquier agua se comía el relleno, que si no era más barato que todo se lo llevara la tormenta y comprarse un tanque de guerra y cosas asi.

Después entró a quejarse de las mojcas, unas mojquitas que golpeaban contra la luz del tablero.

En eso me asusté porque alguien se levantó del asiento trasero y también medio se sorprendió con mi presencia. Era una muchacha rubia que, colijo, había venido durmiendo. Hablaron entre ellos del mal tiempo y de cuánto faltaría para llegar. Después el tipo no habló más hasta que me dejó en el pueblo.

Yo me sentía raro y no rumbié para el kilombo. Entré al almacén y pedí grapa. Me quedé oyendo llover como un idiota sin pensar en nada, mirando las mojcas que bailaban sobre el estaño.

Algo me hervía en la sesera, en el estómago y entre las piernas.

«Algo se está cocinando». --me dije y pedí otra grapa.

Un viejo, frente a mí, hacía morisquetas junto a una botella de amarga. Me dio risa hasta que supe que era yo mismo reflejado en un espejo.

«No estoy viejo. --dije-- No es cierto».

Pero ahí estaba y ése era mayor que yo y llegué a pensar que, aunque yo tuviera el motor nuevito, la intemperie me había estropeado la carrocería más de lo que hubiera podido creer.

Entonces dije: «Veinte años». Y eso era todo porque quería decir veinte años tapando

pozos con pedregullo para el Departamento Vial de Emergencias. Veinte años, pero las rutas de hormigón nunca habían llegado. Primero fue cuestión de días, luego de meses, de años y finalmente de presidencias. Pero pasaban las elecciones y las rutas continuaban muriendo a pocos kilómetros de la capital para convertirse en «caminos mejorados».

Soy uno de los mejoradores.

Aunque no lo quiera, soy un cómplice. Conozco y recuerdo cada pozo. He reconocido por su forma todos los que tuve que tapar por segunda o tercera vez. Y dije: «¿Un hombre tiene que tener la cabeza llena de pozos?» Cuando hablo con los albañiles los envidio y pienso que ellos pueden decir: «Yo hice esta casa». Incluso los compañeros que trabajan en las rutas de hormigón, pueden decir: «Este tramo lo hice yo».

Pero yo, ¿qué puedo decir? ¿Acaso que ese pozo con forma de sapo aplastado lo rellené yo? No, no puedo decirlo.

No es justo que un hombre tenga la cabeza como un queso gruyere. Hay otras cosas en qué ocuparse.

Daría una mano a cambio de hacer un camino. No un camino cualquiera donde pasaran tipos como el que me llevó al pueblo. No. Un camino como mis compañeros, como yoQue llevara a todos los sitios donde fuera necesario, que se juntara con multitud de caminos parecidos y que de cada ruta se pudiera llegar a cualquiera otra. Y, buenos caminos.

Entonces quizás pudiera quedarme quieto en algún pueblo y casarme.

Cuando fuéramos a la ciudad podría decir a mis hijos: «Este camino lo hice yo» y ellos me preguntarían muchas cosas que podría responderles. ¿Puedo ahora tener hijos? y ¿podría decirles que ese pozo como una vaca o como un sapo aplastado lo tapé yo?

Y que no vengan el ingeniero ni el intendente a buscar que el caminito llegue hasta su quinta.

Nos guiaríamos por el color, por el olor, por, el ruido. Cuando el aroma lento de las uvas maduras llegara hasta nuestras narices, iríamos a hablar con los campesinos para decidir dónde. Luego un camino se clavaría en el corazón de la fruta y las uvas rodarían a punto para estallar en las bodegas.

Y así con todo. Con el trigo y con la papa y con los caserios perdidos en la roca o el barro.

Dicen que hay un país donde los caminos llevan a la gente donde q uiera. Acá no van a ninguna parte. Están quietos.

Si todos nosotros, los de Emergencia, nos pusiéramos de acuerdo podríamos conseguir algo. Pero los compañeros son jóvenes, se creen inmortales, y no piensan en estas cosas.

Dentro de veinte años pensarán como yo, pero yo habré reventado sabiendo que acá no pasa nada. Que nada, ni los caminos llevan a nada.

El mes pasado un tipo, con una moto, se partió la nuca. El imbécil agarró un pozo mal relleno. Entonces todos se pusieron a pensar y a decir cosas tristes y hasta importantes. Pero al tipo nadie lo resucitaba, nadie le espantaba las mojcas que le entraban en la nariz.

¿Qué pasa si paramos? Nada. Se enterarían a los dos años. Pero si --por e jemplo-- paran los camioneros es diferente. Ellos tienen fuerza. No hacen cosas que queden, no pueden mostrar nada de ellos, pero, ya que los caminos no caminan, los ruteros rutean y dan la impresión de movimiento y por eso los necesitan.

Son como los cazadores: conocen las cuevas, los escondrijos, los caminitos ocultos y tienen astucia. Manejan algo que existe. No como los baches que son nada.

Pero esto de tapar pozos tendrá que acabar. Alguien tiene que venir y decir ¡basta!

Entonces yo le diré «¡vamos!».

Aunque el hombre sabrá muy bien las respuestas, me preguntará como sopesándome: «¿Adónde y para qué?».

Adonde podamos hacer otra cosa. Algo para mostrar a nuestros hijos y que ellos continúen y lo vayan mostrando con. orgullo a trescientas camadas de nietos.

Y ¿para qué? Para que las mojcas no nos madruguen. Si no les ganamos de mano se van a juntar ellas. Las mojquitas

hombre que me llevó en coche y las que habitaban la nariz del motociclista y aquellas que recorrían el estaño bebiendo las gotas de grapa y murmurando inmundicias mientras seguía lloviendo. Se unirán para desovarnos en las entretelas, en los baches de la cabeza y pariremos sus gusanos.

Todo esto pensaba cuando el tipo del boliche me ofreció una vuelta pagalacasa y entonces le dije: «¡Basta!». Y me fui con la lluvia y no sé qué estamos esperando todavía.

(Montevideo, 1955)

OTROS MANDADEROS

Pedagogía

Julio hizo sonar el timbre. Hacía cerca de seis años --pensó-- que no visitaba esa casal que no había tenido noticia de sus habitantes.

Nadie respondía pero, en el interior, sonaban sofocados correteos. Mientras trataba de recordar con precisión la cara de Claudia, volvió a hundir el timbre.

Esta vez la mirilla se abrió y un suspiro de mujer dijo:

--¡Oh, si parece ser! --pronunció otras palabras que fueron ahogadas por girar de llaves y corrida de trancas hasta que la puerta cedió.

--¡Oh, Julio, tú por aquí --sonrieron sus labios recién pintados--. No has cambiado nada. Si parece que ayer nomás... Oh, ¡qué sarta de vulgaridades estoy diciendo! Discúlpame, es la sorpresa de verte. Y la alegría. Pero, ¿por qué no dices algo?

--Porque no me dejás --rió el hombre. Iba a besarla pero prefirió apretarle la mano.

--Cuéntame qué has hecho, qué ha sido de ti en estos años. Ponte cómodo; voy a calentar café y a arreglarme un poco. Me sorprendes con todo revuelto. --desapareció tras un cortinado y reapareció con una sonrisa de coquetería.

--Ah, te prohibo que me encuentres vieja. --dijo y volvió a irse.

Julio quedó solo en esa habitación híbrida, mezcla de biblioteca, comedor, living y cuarto de niños. Cientos de libros acumulaban polvo desde antiguo en estantes olvidados por la curiosidad y el plumero. Algunos, los de las hileras inferiores, tenían sus lomos manchados por algo que podía ser puré. Los tres o cuatro cuadros que había eran grabados, pero se notaba que habían sido colgados al amueblar la casa y que se los ignoraba como al color de las paredes. Había dos sillones y una alfombra costosa cubría el piso, pero todo estaba como en un depósito de utilería: no condicionado a ningún modo de vida. Los estilos se mezclaban con pretensión y mal gusto y dos arañas descendían su fealdad desde el techo.

Julio se echó en un sillón y encendió un cigarrillo.

«Todo igual --pensó-- hasta las moscas son las mismas. Hasta esta tarde calurosa».

Claudia entró nuevamente. Se había cambiado por completo y llevaba el cabello recogido sobre la nuca.

--Ahora estoy algo más presentable.

--Seguís siendo una piba.

Estuvieron mirándose un instante con una sonrisa de reconocimiento.

--Bueno, --dijo él-- traete un cafecito y contame la historia de tu vida.

--Se me olvidaba. --exclamó ella y corrió a la codna. Volvió con dos tazas de café ridículamente pequeñas sobre una bandeja.

--Se me recocinó, casi.

--Sí. Ya veo que vos tampoco cambiaste. Pero no importa. Te habrá ocurrido algo. ¿Te casaste? ¡Ah, sí! Me dijeron que te habías casado con aquel abogado. ¿Y?

--Y, nada. ¿Recuerdas que la última vez que me visitaste ya estaba casada?

--Sí, tenés razón. ¿Dónde está tu marido? ¿Y tu vieja? --Mamá salió. Ahora está jubilada y va todas las tardes al cine. --Hablaba como si estuviera en un té. Lucía ademanes moderados y una sonrisa estudiada mostraba sólo los dientes que habla perdonado la caries.

--¿Y vos qué haces?

--Soy maestra, ejerzo. Me encanta la pedagogía.

--Creí que trabajabas en el estudio de tu marido.

--No, no, --dijo, y agregó en tono de confidencia--: Estamos separados desde hace mucho, ¿sabés?

--No lo sabía ni lo hubiera imaginado. Servís para mujer de abogado. Tu personalidad no admite medias tintas. O, sos la señora del Doctor, qué no te hace faltar nada y se desvive por complacerte, o mantenés a un rufián.

--¿Por qué te pones tan desagradable?

--Era un decir. Me gusta hacer frases, aunque no tan bonitas como las tuyas. --Le ofreció un cigarrillo que ella aceptó y fumaron en un silencio incómodo.

--¿No es gracioso? Desaparezco por seis años y, al volver, todo se encuentra casi en el mismo punto, como si la vida se hubiera detenido --dijo, y rió forzado--: ¿No es cómico?

--Comicísimo.

Julio se preguntó a qué había ido. Era como desenterrar .una pesadilla, como concurrir a una cita con fantasmas. Decidió besarla. Que lo echara o lo aceptara de una vez.

Un llanto llegó desde el dormitorio.

--La nena --explicó Claudia con fastidio--. Se despertó de la siesta. Se acabó la paz.

Mientras Claudia se ocupaba de su hija, Julio revisó la biblioteca. Eran libros de derecho, novelas rosa en francés, falsas historias de diversos países, tratados de eruditos sobre temas increíbles o costosas ediciones privadas de poesía.

Claudia entró de espaldas.

--Ven, Antonia --llamaba--. Ven a conocer al señor. ¿Sabes cómo se llama?: Julio.

--Dejala, que ya va a venir.

--Sí, es un poco huraña --dijo, y encendió un cigarrillo.

--Qué asco.

--Julio, por favor, no tiene que ofenderte de tal modo el que la nena no venga a saludarte.

--No, si no lo digo por la piba.

--¿Por mí, entonces? --coqueteó aliviada.

--Por tus libros. No hay uno que valga la pena robarte.

--Ah, sí, mi biblioteca es algo aluvional, heterogénea. Pero no te habrás fijado bien... puede que haya libros importantes.

--Sí, claro. Mirá: lo mejor que --tenés en poesía es este diccionario de la rima.

Ella sonrió perdonándolo. Julio iba a seguir su agresión pero callé al ver a la niña que entraba pegada al marco de la puerta.

Era una chica pálida, algo menor de seis años y tenía una mirada fugitiva y rabiosa. Un gesto nervioso le apretaba la boca y la hacía pestañear de tanto en tanto.

--Saluda a Julio, querida.

--Dejala, no la fuerces.

--¡Me da rabia! Porque es muy inteligente. Figúrate que sabe canciones íntegras en francés.

--Ahá.

--Y conoce las banderas de todos los países del mundo y a los países por su forma en el mapa y las nacionalidades correspondientes.

--Puede ser; pero, ¿sabe hacer pis en la escupidera? y ¿sabe reírse? --Claudia le sacó la lengua. Estaba furiosa como una niña; parecía la hermana de Antonia. Por un rato, aparentó ignorar a Julio, que se montó en una silla y apoyó el mentón sobre el respaldo.

Antonia se fue deslizando a lo largo de la pared y gritó entre un llanto falso:

--¡No quiero que ese señor me mire! Antonia no quiere

que la miren.

Hicieron como si no la escucharan y comenzaron a charlar entre ellos.

--¿Qué me contás de política?

--¿Cuál política?

--Piba, ¿dónde vivís? Bajá un cachito. Hubo revoluciones, hombres con aviones, gente llena de plomos, presidentes a sonrisa perpetua, motonetas, petróleo, cañoneras. ¿No te enteraste de nada?

--Algo, pero que se arreglen ellos, como dice mamá. Yo estoy contenta con mi escuela. Tengo alumnos de lo más ricos e inteligentes. Mira lo que me regaló Bermúdez --fue hasta el aparador y sacó un sapo embalsamado--. Es horrible ¿no? Pero estaba tan contento, pobrecito.

--Ahá --el silencio se desplomó de sorpresa. Trabajosamente, Julio trató de destruirlo con alegría:

--Supongo que estos tres meses de vacaciones que te tocan los vas a aprovechar hasta el último día.

--No, no puedo, mamá no quiere cuidarme la chica.

--Llévala con vos.

--¡Ay, no! Es muy cargosa.

--¿Más que los chicos de la escuela?

--Sí, y además, a aquellos los aguanto sólo cuatro horas.

Antonia se había acercado a su madre y se había agazapado tras de ella. Asomó su cabeza y exclamó, siempre entre un falso llanto nasal:

--¿Es tu novio? No quiero que sea tu novio. ¿Por qué usa la corbata con puntitos? ¿Es tu novio? ¿Por qué hablás así, Antonia?

--Sí ¿por qué? Ya te he dicho que no debes hablar llorando.

--¿Por qué hablas sin motivo? ¿Ese es tu novio?

--¡Pero no, Antonia, este señor es una visita. Pórtate bien. --Pero Antonia ya no le escuchaba; parecía totalmente ajena. Tenía la frente arrugada y revoleaba los ojos.

--¡Qué lucha con ésta! Me pregunta si son mis novios todos los hombres que vienen a casa. ¡Paso cada papelón!

--Bueno, al final no me contaste tu vida. ¿Qué pasó con tu marido?

--Por favor--sonrió--, no vayas a nombrarlo. Sufre tanto la pobre si oye su nombre. Se desespera. Imagínate que a él, a ese señor de quien hablábamos, se le dio por pegarme.

--¿Y vos?

--Yo lo incitaba, pero figúrate que con mamá y la nena no era posible. Pero él no quería comprenderlo. Hasta que una noche nos pegó a las tres y se fue y no volvió por acá y ni siquiera habla para saber de su hija --contaba todo esto con un tono y unos gestos dulces y elegantes.

--¡Lindo! --dijo Julio--. ¡Reconfortante!

Afuera comenzaba a oscurecer y llegaban las voces de las gentes que salían de sus casas con la caída del sol. Antonia se había acercado con una aguja de tejer en la mano.

--¡No la beses a mi mamá! No la beses. ¿Quién pasa por la calle? Te pincho un ojo. ¿Qué cantan esas chicas? ¿Frére Jacques? Te quiero pinchar un ojo.

--Nena, ¡deja de molestar!

--¡No quiero que te bese! ¿Vos la besás a mi mamá? --preguntó y se fue llorando a la otra pieza.

--Hoy está fatal. Debe ser el calor --la disculpó Claudia--. Pero figúrate que sabe infinidad de cosas ¿Viste qué bien pronuncia el francés? Conoce las banderas de todos los países del mundo y a los paises por su forma en el mapa y... ¡Ah! ¡Y cómo le agrada la música! Cuando se le pase la luna, haré que te diga los nombres de todas las banderas y...

--No, disculpame, pero hoy no podrá ser. Ya es muy tarde y tengo que irme. --se puso de pie y se abotonó el saco.

--Claudia, estás más bonita que nunca. --Le tendió la mano.

--No exageres.

--Saludos a tu vieja. Vendré pronto a verlas.

--Si, no te pierdas. ¡Me aburro tanto entre estas cuatro paredes con mamá y esta chica! ¡Hay días en que parecemos tres locas!

--Adiós, un beso a la piba. --Ella lo despidió con un mohín, asomando su cabeza por el marco de la puerta. El le devolvió una sonrisa y recorrió el oscuro pasillo sin volverse, sintiendo la mirada de Claudia sobre los hombros.

Salió a la calle. Estaba mucho más claro de lo que había reído y corría un aire fresco con aroma de río.

Julio respiró hondo, encendió un cigarrillo y dejó que sus piernas lo llevaran hacia cualquier parte.

El Día de la Abuela

La mujer fregaba en la pileta. Era fea y vieja. Llevaba un sucio pañuelo a la cabeza y un pie hinchado le desbordaba la zapatilla.

El sol de las doce golpeaba y las pequeñas nubes pasaban sin dar sombra.

Las gallinas cacareaban y escarbaban al pie del limonero y de la parra. El chorro de agua corría monótono.

La mujer comenzó a canturrear. Estaba alegre sin saber el por qué. Tal vez porque se sabía sola en la casa y más sola aún enel fondo, donde no llegaban los ruidos de la calle.

Canturreaba sin llegar a formar palabras ni melodía. as gallinas eran. más coherentes.

Chirrió la puerta de entrada junto al ladrar innecesario de los perros.

Cansadamente, su hija dobló la esquina de la cocina. Tendría catorce años y era tan fea como su madre, pero sin su gracia, que todavía podía adivinarse.

--¿Trajistes?

--No había.

--Entonces, ¿no trajistes?

--No había.

--¿Y por qué no trajistes?

--¡Mamá! Porque no había.

--¡Qué mocosa! --exclamó secándose la espuma en el delantal--. Así que no comprastes. No te vendieron.

Calló un instante y se resolvió por la astucia:

--¿Cómo pedistes? A ver, decime. --la chica notó el cambio de frente.

--No había --dijo.

--Pero, ¿cómo pedistes? ¡Ah, ya sé! Te tomaron por sonsa. ¿Por qué no me hacés caso?

--No había.

--Vos, ¿cómo pedistes?

--Y... «deme una postal y un sobre».

--¿Así pedistes?

--Sí.

--¡Jurame de que lo pedistes así!

--No había.

--Vos repetí. Repetí cómo pedistes.

--«¿Me vende una postal para...? ¿Me da una postal y
un sobre?».

--¿Vistes? ¿Vistes? ¡Te tomaron por sonsa, se rieron de vos! --volvió al fregado. Había obtenido un triunfo parcial y quería saborearlo.

--Sos desobediente --insistió al rato--. No escuchás lo que te digo. Pasastes por sonsa. Te lo dije --le recordó dejando la pileta y amonestándola con la mano cubierta de espuma--. Te dije que no dijeras para qué. Pero vos vas y hacés lo que se te antoja y se ríen de vos. ¿Vistes? ¡Bien hecho! --volvió al lavado. Su hija se recostó contra el tronco de la parra y agitó como bandera los dos pesos que había llevado para hacer la compra. Las gallinas no dejaron de escarbar pero la observaban con la desconfianza de sus miradas tuertas.

La mujer sacó el tapón dejando que el agua espumosa escapara blandamente hasta agotarse en un largo estertor de sumidero. Luego secó sus manos y dijo:

--¿Ahora cómo hacemos? ¡Decí! ¿Querés decirme?

--Mamá, te digo que no había.

--¿Y cómo hacemos?

--Y yo qué sé.

--Sos mentirosa, sos sonsa. Se rieron de vos. ¡Ja! Yo también me río de vos. ¿Sabés por

qué? Porque sos sonsa y mentirosa y te quedás ahí lo más fresca sin que se te caiga la cara de vergüenza --abrió la canilla para el enjuague y agregó con una sonrisa de superioridad:

--Yo sé cómo di jistes. ¿Sabés cómo dijistes? Dijistes así: «¿Me vende una postal para el día de la Abuela?».

--¡No!

--¿No lo dijistes? ¡Juralo! ¡Jurá que me caiga muerta!

--No lo dije --sonrió la chica.

--Sí que lo dijistes. Sos sonsa --dijo la madre sonriendo por su triunfo--. Te dije: «No le digás para qué es. Ellos no saben y se van a reír de vos». ¿No ves que es una moda nueva que recién sale a los diarios? --puso el tapón en el desagüe y aplastó la ropa contra el fondo.

--¿Y ahora qué hacemos?

--Y, no sé...

--¿La vamos a dejar sin nada a la Abuela?

--Yo qué sé.

La mujer enjuagó sus manos bajo el chorro y sacudió el agua sobre las baldosas calientes.

--Andate a comprar de don Eduardo, pero haceme caso, mocosa, que, si no, se van a reír de nosotras.

La chica se fue. La mujer volvió al lavado; se sentía nuevamente feliz y canturreaba.

El Ensueño
Café--Bar

Volví a leer el nombre invertido del café. A medida que avanzaba la tarde, las letras rojas se imponían sobre el fondo de árboles y el balcón de. la pensión de enfrente.

--Parece que hoy te toca comer. --dijo Santiago al traerme el café con leche y el sandwich.

--¿Qué querés? A mí, ni el calor me saca el hambre.

--Hacés bien, Gordo.

Cierto que era la segunda vuelta, pero había comido poco en el almuerzo.

Empecé a masticar con calma, atento a los diversos gustos del matambre. Al fin y al cabo, estaba comiendo por amor. Cualquiera podría reírse, pero era así. El matambre casero lo hacía la hermana de Santiago y con sólo esa muestra yo estaba seguro de que ella era una fiera cocinando, de la misma manera en que podía adivinar cómo abrazaban sus brazos llenos.

Comía, y volví a leer en la vidriera: «El ensueño», para el otro lado como leen los rusos, cuando entraron los cuatro tipos.

Miraron todas las mesas de reojo y se fueron derecho a la que está junto a la esprés. No sé por qué me molestaron de entrada. «Tranquilizate, Gordo», me dije, y seguí comiendo.

Los podía ver por el espejo entre las letras de tiza de PIDA CHOP A HIELO. Tenían pinta medio de burreros, medio de fiocas y algo que los hacia desentonar como una bombita prendida en pleno día.

Al verlos reír entre ellos, me sentí solo y me creció la desconfianza; pero allí estaban los de la mesa de truco meta mentir, el Correntino dándole al tinto y los dos jubilados en camiseta a puro dominó y moscato.

En eso entró la hermana de Santiago que volvía de hacer las compras. «¡Qué traste! --pensé--. ¿Qué comerá? ¿Bulones?»

La seguí con la vista hasta que su blancura se perdió en la trastienda. Los tipos rieron hacia el techo con las bocas llenas de longaniza.

Me senté de costado en la silla y observé qué era lo que comían. Bebían aperitivos; pero los platitos no eran los corrientes sino unos platos especiales con longaniza, ají picante, queso de rallar, todas cosas fuertes. «No tienen paladar», pensé.

Más que reír entre ellos, parecía que se mostraban los dientes. Comían y tomaban como presos. Lo tenían de punto al grandote con cara de boxeador y le recordaban a cada rato que tenía la derecha prohibida. El grandote sólo arrugaba su cara aturdida como si le costara comprender.

Santiago pasó a mi lado.

--Tiago.

--¿Qué?

--¿De dónde sacaste a esos?

--Son tiras, gil; de la secreta --dijo con resignación y se fue para atender a los clientes que comenzaban a llegar. Venían sudados del trabajo. Dispuestos a vaciar botellas y barriles.

Estaba distraído cuando Héctor me palmeó la espalda y se sentó frente a mí.

--¿Qué hacés, Gordito? ¿Siempre morfando? --Me molesta que Héctor bromee conmigo desde aquella vez que nos peleamos y me llamó oficialista. No le guardo rencor, pero mantengo las distancias.

--¿Y vos, che? ¿Siempre tan subversivo? --le dije recalcando la palabra. Me miró y levantó la vista hacia el ventilador del techo que revolvía el calor con pachorra.

Miré el suelo, vi que tenía un zapato desatado y me agaché para hacerme el lazo. Al incorporarme sentía la cara de fuego.

--¡Eh! --le dije a Héctor--. ¿Qué te pasa? ¿Te sentís mal? --no me contestó. Se limitó a mirar fijo por sobre mi hombro. Me volví para seguir la dirección de su mirada. Aparentemente, miraba la esprés.

--No es una bomba atómica, che, es una máquina de hacer café. --le dije y empecé a carcajear hasta las lágrimas.

Saqué el pañuelo y me sequé el sudor, las lágrimas, todo el rostro--pegajoso. Cuando quise acordarme, Héctor había desaparecido.

--A éste la política lo tiene colifato, --me dije y miré el reloj sin fijarme en la hora.

Atrás sonó a vidrio roto. Los tiras, según decía Santiago, habían quebrado un vaso. Me puse a observarlos. Miré sus bigotes, sus caras afeitadas a contrapelo, sus miradas sucias y esquivas y noté recién que uno, el más gordo, parecía marica. Ahora le hacían bromas a él, quizá porque había roto el vaso. Respondía con gestos de mujer ofendida hasta que sorprendió mi mirada. Entonces se puso serio y yo miré para otro lado.

Al rato alguien dijo de pagar y tomárselas. Llamaron a Santiago, pagaron y se fueron como haciendo notar que ninguno de nosotros les importábamos un rábano.

Santiago recogía los vasos y parecía enojado.

--Che, Tiago --le grité--. Esos, no. eran de la cana. Se acercó a mi mesa y me preguntó:

--¿Qué decís, Gordo?

--Que no eran tiras. Uno de ellos parecía maricón.

--Te digo que eran --afirmó con disgusto.

--Serán, --le acepté-- pero muy *especiales.* Y, ya que estamos, traeme un especial de matambre y queso.

Mercedes

Desde el comedor, su padre volvió a insultar minucíosamente. No entendió a quién y no importaba. Había estado así desde el fin de la cena: injuriando con la tonta escrupulosidad de los borrachos.

Eduardo se rascó la entrepierna.

Tirado en su cama, admitía que las sábanas se fueran pegando a la humedad de su espalda.

¡Viejo maricón! --mordió. La frase le dio energías y encendió un cigarrillo.

El humo se enroscaba hacia el cielorraso, iluminado por el farol de la calle que introducía una luz geométrica. Vio a su padre, proyectado contra el techo, en innumerables desplantes de rebeldía.

--Rebelarse y aceptar; es todo cuanto ha hecho en su vida. --murmuró con el cigarrillo en la boca y apartó un mechón que le caldeaba la frente.

Quedó un rato con el techo en blanco. Un tropezar y unas blasfemias murieron en el dormitorio de sus padres. La imagen de su madre llorando llenó el cielorraso. La quería; sin embargo, le mortificaba que aguantara a su padre, que aceptara la pequeñez de ese déspota lloroso.

Para ahuyentar la visión, encendió la luz y paseó por el cuarto una mirada que deseaba asombrarse. Volvió a encontrar la biblioteca, el cartelón de turismo y el desorden de los discos junto al combinado.

Se echó sobre un costado y vio, con disgusto, los libros de estudio sobre la mesa. Todo el desgano que acumulaba el colchón pareció atraparlo. «Papá no quiere comprenderme --pensó-- y mamá está demasiado absorta en su propio fracaso». Todo lo asqueó; hasta ese cigarrillo importado.

En el techo nació un paisaje, un rostro desconocido de mujer, una fecha cualquiera. «El mes que viene cumplo veintitrés años».

--Debo hacer algo --murmuró--. ¿Qué? Algo.

No hacer el novio como Santiago. Era increíble, pero todas las teorías que tenía sobre el amor habían claudicado. Y ante esa mujer.

Pensar que había sido desde siempre su mejor amigo, que juntos descubrieron a Le Corbusier, a Gillespie, que juntos hallaron la manera de fumar cigarrillos importados, prescindiendo del contrabando. Y tantas cosas.

Importante era lo que habían realizado juntos. Pero notó con pena que sólo quedaban unas pocas pruebas mezquinas: el modelo de planeador, dos corbatas, varios discos y la maqueta olvidada sobre el ropero.

Su amigo siempre le escatimó otras relaciones, pero era preciso aceptar que la suya no admitía terceros.

Desde el noviazgo de Santiago buscó un pretexto para romper con él. Lo encontró una noche que lo invitaron al teatro. Había muchísimo público y los tres debían ir hasta un palco reservado para el tío de ella que era comisario. Resultaba imposible avanzar, pero llegó un oficial y les abrió paso con la autoridad del uniforme.

Eduardo creyó ruborizarse. Notó que la nuca de Santiago estaba roja y supuso que también sus mejillas porque evitó mirarlo.

Cuando volvió a su casa, cayó de espaldas en su cama con los dientes apretados de humillación. Comprendió que había encontrado el pretexto para no verlo más, para cortar la larga serie de oprobios.

--¡Fui su sirviente! --gritó asombrándose. Lo que más le molestaba era el haber aceptado todo, el reconocerse tan culpable como su amigo.

Esta noche, la de hoy, ultrajada por su padre borracho,

so

perdida como todas, pareció exigirle que se pronunciara, empujarlo a la acción.

El sueño le llegó sin transición. En realidad, su vigilia no era fundamentalmente distinta.

Al despertar fue a ver a su madre y le pidió prestado el automóvil.

--Claro que podés sacarlo, Eduardo, pero preguntale a papá si no lo precisa.

Eduardo se fue sin decir nada, indignado por esa bondad pasiva.

--¡Qué yo vaya a rogar al elefante! --No quiso y trató de conseguir algún vehículo. Pronto obtuvo una motocicleta prestada.

Con la bolsa del club al hombro, partió tras el estruendo del escape. Pero a las pocas cuadras, el aire que golpeaba su cara fue un anticipo de soledad y comprendió que deseaba estar a solas con alguien para comentar la imposibilidad de la comprensión y de la compañía. Alguien que supiera, como él, lo inaguantable que es la gente.

--Voy a buscar a Eddie para que me acompañe.

Con dos bocinazos lo sacó de su casa. Eddie apareció metiéndose los faldones de su camisa escocesa bajo los pantalones desteñidos.

--¿Vamos al club?

El otro lo miró desde la verja. Se hacía el dormido, parpadeaba bajo el pelo enredado tratando de calcular el monto de la diversión que,se le ofrecía.

--Esperame que aviso en casa.

Regresó peinado, las cejas arqueadas por la displicencia. Eduardo iba a echarlo pero sintió que lo precisaba.

Partieron. La máquina respondía; ya era algo. Se fueron disgustando cada vez menos ante los policías, hasta que tomaron la ruta y levantaron arriba de den.

Eso ya era mejor. Recordó cuando en lugar de Eddie iba Santiago. Solían detenerse para mirar el paisaje, algún rincón esp ecial o ciertas construcciones audaces por su mal gusto o por su concepción modema. Pero sabía que con Eddie a sus espaldas (que asentiría siempre hasta conoce r todo lo que su compañero pudiera enseñarle para dedicarse, cuando llegara la hora, activamente al comercio, a las mujeres y a olvidar que casi todas sus opiniones eran prestadas), con ese chico que sabía muy bien lo poco q ue quería de la vida, era grotesco intentar cualquier tipo de acercamiento.

Era necesario usarlo para lo que servía. Por eso aceleró en la curva hasta atropellar casi a una vieja que cruzaba inadvertida. Eddie rió con grosería y Eduardo se ruborizó porque le horrorizaba saberse guarango. Pero algo sucio y débil le impidió arro jar a su compañero en una zanja. No lo toleró por la barata fama de bromista que podía crearle sino porque era el espectador de un hecho del que se sentía responsable.

En el club había poca gente. Se cambiaron con apuro y fueron a echarse bajo los árboles junto al río magro del que habían desertado las regatas.

Eduardo miró los botes podridos por el olvido, la panza en el barro y el resto del maderamen manchado por líquenes y pájaros y supo que él y todos los que lo rodeaban estaban así: hundidos en la inacción, engañados por la falsa dinámica de los gestos, de las posturas y por esa encubierta claudicación que llaman rebeldía.

--¿Qué hacemos esta tarde? --preguntó Eddie.

--¿Por qué no pensás qué podemos hacer ahora?

--No tengo ganas de nadar ¿y vos?

No respondió y se fue al muelle.

Las ondas emergían plateadas y se hundían barrosas. Toda la superficie del agua se agitaba inmóvil.

Tratando de tomarse por sorpresa, Eduardo zambulló entre el supuesto asombro de los peces. Nadó hasta que un anticipo de hambre le recorrió el estómago. Regresó junto a Eddie y vio que buscaba un programa de cine en un diario.

--Dame --dijo, y tomó los pliegos que el otro no precisaba. Se tumbó y encendió un

cigarrillo. Mirar el follaje de los árboles era reconfortante pero aburrido; por eso dejó que sus ojos vagaran sobre el papel: *Clausuróse ayer... Refirióse el presidente*... El *momento político requiere* ... Siempre el asco de la política. Es desesperante saber, pensó, que éste de ahora es igual al que echamos. El mismo olor a negraje, las mismas promesas para ignorantes.

Pasó a otra hoja: *Logróse atrapar al asesino de los dos ancíanos de Morón,* y, más abajo, *Asaltaron a un taximetrero diéronse a la fuga. .*

Quedó mirando el último titular, las apretadas letras de imprenta que ante su mirada perdían significado y sólo eran un montón de rasgos negros y vulgares.

Para tomar noción de que ante sus ojos había un letrero real, sobre un diario real y en un día determinado, se esforzó en leer aisladamente las palabras que pudo: *taximetrero taxi*metrero a un *asaltaron a* un a la fuga. Con un último esfuerzo *leyó: Asaltaron a un taximetrero y diéronse a la fuga*... y arrojó el diario sobre el césped.

Eddie, que seguía buscando programas de cine, lo miró y le dijo:

--¿Vamos a ver *La sed?*

--No puedo --contestó para desconcertarlo.

--¿Por qué?

--Porque tengo que hacer.

--Perdoname, pero ¿se puede saber qué?

Eduardo lo miró y notó con desprecio que el otro se permitía el enojo como si no fuera un obsecuente, como si no fuera a terminar aceptando cualquier plan que él propusiera. Pero lo que Eduardo quería era demostrarle que era incapaz, ofrecerle algo que lo espantara, que le hiciera notar su inferioridad.

--Se puede saber, pero no se puede divulgar: tengo que asaltar un taxi.

Eddie lo observó un segundo antes de decidirse por la incredulidad y pensó que el humor de su amigo giraba hacia la broma pero Eduardo lo detuvo con una mirada que logró su propio asombro. Luego se tumbó en el pasto dándole la espalda para que no viera su sonrisa.

De pronto sintió lástima por Eddie pero también un alivio que lo compensaba de esa horrorosa existencia para nada.

El cielo estaba azul; dos voces planeaban sobre el río y el hambre de Eduardo crecía.

Cuando Eddie le tocó el hombro, creyó que su compañero deseaba regresar. Se volvió dispuesto a ser misericordioso, blando.

--¿Qué querés?

--Quiero saber por qué yo no participo.

Al ver el gesto resuelto del otro, Eduardo casi largó la, risa pero en seguida comprendió que lo odiaba.

--Porque no creo que te animes. --respondió.

--¿No será que estás fanfarroneando?

Se miraron. Eduardo recogió sus cosas y caminó hacia los vestuarios. Su compañero lo siguió.

Siempre sin hablarse partieron en la moto. El ruido del

escape aumentaba el silencio.

Eduardo aguardaba una coyuntura para arreglar la situación pero no pudo encontrarla. Por eso, al separarse, ordenó:

--Pasá por casa a las siete. Venite preparado.

Notó que el hambre habla desaparecido cuando subió a su pieza y se tumbó en la cama. Estuvo tendido con el cerebro y el techo en blanco. Pronto le extrañó que el cielorraso no, funcionara y se vio obligado a pensar. Incapaz de razonar, sólo supo que lo apasionaba verse comprometido para un hecho. Seria disparate pero era acción. Llegó a creer que su voluntad había intervenido desde el principio, que habla conquistado el derecho de actuar.

--Ahora Eddie no importa --dijo--, nunca importó. Ahora soy yo quien debe ejecutar un acto crudo.

Había caído de golpe en un mundo de perfiles netos, de una agresividad concreta y sentía que su existencia podía tener efecto sobre el prójimo.

Fue hasta el combinado y colocó una y otra vez el primer disco que encontró. No quería planear; deseaba que toda la estructura del hecho se fuera construyendo espontáneamente. Luego debería limitarse a representar su papel lo mejor posible.

En eso oyó el silbido de Eddie y le hizo señas de que subiera. «Puede que venga a desligarse» pensó. Pero al verlo supo que estaba decidido.

Eddie fumaba con rígida soltura y buscaba conversar sobre temas corrientes con sus labios sucios de rictus.

El otro se limitaba a cuidar que el disco ni su indiferencia se interrumpieran. Estuvieron observándose hasta que fue de noche. Cuando las cacerolas comenzaron a sonar en la cocina, dijeron:

--¿Vamos?

--Vamos--. Y salieron con un peso frío contra el vientre. La noche ya montaba su escenario. Había ordenado su viento y emboscado sus insectos, sus olores, sus ruidos.

--Tendrá que ser un Mercedes.

--Claro. --dijo el otro sin saber el por qué.

--Porque así lo tenemos más cerca al tipo.

--Si.

--Nada de violencia. Mucha limpieza, mucha serenidad, como en una sala de operaciones.

--¿Y si el gallego grita o se defiende?

--Un golpe en la nuca. --respondió Eduardo masticando el asco que le subía a la boca.

No; qué preguntas imbéciles. Debía ser algo perfecto y el chofer tenía que desempeñar su papel.

Llegaron a Liniers y huyeron de la estación y de las luces. Vieron pasar taxis libres pero todos de marcas norteamericanas. Eduardo pensó que aún podía evitar toda esa irrealidad, todo ese juego de veras.

Eddie levantó la mano. Un automóvil frenó acentuando el golpear de las válvulas.

Subieron. Entonces Eduardo descubrió que no había inventado ningún destino.

Atolondradamente murmuró la dirección de su casa. Su compañero le dio un codazo pero no hubo respuesta.

Debían volver al barrio, cruzar la ciudad hada el noreste. Eduardo miraba por la ventanilla pero sentía la imbécil interrogación de su amigo.

Corrieron interminablemente por Rivadavia. Ya pasado Caballito, Eduardo juntó el coraje suficiente para observar a su amigo con una mirada oblicua. Eddie contemplaba obstinadamente el paso de los edificios. Su cómplice perdió el temor porque creyó descubrir en su rostro el sudor frío de los cobardes.

Se apartaron de Rivadavia hacia el norte. Volvían al punto de partida. El automóvil recorría calles oscuras, sin presencia humana, en esa noche en que los árboles perfumaban el aire.

El Mercedes arrimó a la vereda y aumentó su duro golpeteo.

--¿Cuánto es?

--Veinticinco cincuenta.

--Tome. --Eddie adelantó enérgicamente el brazo por sobre el hombro del chofer, y colocó bajo su nariz tres rojos billetes sin esperar el vuelto.

El automóvil partió. Ellos quedaron de pie, frente a frente, bajo la luz indecisa de los faroles.

--Está bien viejo. Se nos había ido la mano, ¿no? Además, ¿para qué?

Eduardo le respondió con la espalda y entró en su casa.

--Tu hijo --decía su padre--. Tu hijo siempre de farra. Un verdadero desagradecido. No se acuerda que su padre existe ni que lo mantiene. Sólo cuando precisa el coche recuerda que aquí hay un viejo no del todo inservible.

--Mentira --lo defendía su madre--. Lo que pasa es que todavía es un chiquilín. Si,me parece increíble que tenga ya más de veinte años.

--Es un hijo de mamá --dijo su padre luego de un eructo--. Un hijito de mamá.

--¡Mentira! ¡Ya estás borracho!

--Es un hijito de blu, de bla, de blablablá.

Eduardo se escurrió hasta su pieza. El calor parecía haberse acumulado entre esas paredes. Se fue desnudando lentamente y se echó en la cama.

El farol de la calle introducía su luz prestada.

Desde abajo le llegó la voz afrentosa de su padre, luego el silencio, luego la tos seca que sigue al vómito.

Eduardo se rascó la entrepierna y notó que el techo volvía a funcionar.

Vio trozos de ciudad y se vio en un taxi. Ahora lo acompañaba una mujer de silencio lejano y aroma de manzanas agrias. Entonces él sacaba la Colt y golpeaba al hombre una una y otra vez mientras repetía jadeante: «¿Ves como puedo hacerlo? ¿Ves que puedo?»

LAS PALABRAS HUELGAN

A

--Jans, Toto, jans. --protestó Cantidá mientras arrancaba el poco pasto de la cancha con los tapones de sus botines. Algunos se rieron pero Toto cobró la falta.

Entonces Orosmán Gurméndez corrió bajo el sol hasta el centro, gritó: «Compañeros, ya se habló bastante. Decidamos de una vez el apoyo» y cayó al suelo congestionado del mismo tono que su camiseta, jadeando, los anteojos en la punta de la nariz.

Otros jugadores se agruparon alrededor de Gurméndez, contra el mar. Diez camisetas de un rojo castigado contrapuntearon con nueve blancas y dos amarillas hasta que los hombres quedaron en sosiego.

--El asunto no está en si nos tocaron a nosotros o no. Por algo estamos aquí y no en el local. --dijo Castillo mostrando denmasiados dientes en mitad de su rostro tostado.

--Pero ¿quienes son los responsables de esta situación? preguntó García Lagos.

No lo miraron a él. Todos miraban a Gurméndez que abrió la boca y la dejó abierta justo cuando sonó a sus espaldas un taponazo.

Unos vieron como Cantidá le había metido un gol a Sepúlveda que iba caminando hacia ellos, ya fuera del área. Otros siguieron la mirada de Gurméndez, hacia la rambla, por donde pasaba lentamente un yip del ejército.

Rojos, blancas y amarillos se dispersaron al trotecito Orosmán se levantó fingiendo renguera.

Sepúlveda volvió rápido hasta el arco insultando con gestos a Cantidá.

El automóvil se detuvo.

Sepúlveda sacó con la mano. Recibió Castillo. Castillo corrió con la pelota, hizo un amague hacia el arco pero la pasó a Gurméndez que no retuvo el esférico. García Lagos dueño de la pelota. Lo marcaba Castillo. García Lagos no supo qué hacer con el balón que ya era virtualmente de Castillo y amenazaba el arco, entonces tiró fuera.

--Esa pelota pedía red. --rió Cantidá.

El yip continuó su recorrido.

La mayoría de los jugadores se agrupó en el córner.

--Nosotros también estamos amenazados. Obligarnos a estar aquí es ya un insulto. Nadie tiene garantías: hoy los golpearon a ellos, mañana a nosotros. Hay que plegarse. --dijo Gurméndez.

--Estamos aquí porque queremos. Usted mismo fue el de la idea. --protestó García Lagos-- A nosotros no nos tocaron. Apoyar es hacerles el juego y meternos en política.

--Ellos cortaron el diálogo. --dijo Castillo-- No los compañeros del Vidrio.

--...y la ligamos todos de rebote. --continuó Cantidá. --De rebote, no. --corrigió Gurméndez-- Las Medidas apuntan al Vidrio pero disparan contra la Central.

--No somos la Central. Allí ya se decretó el paro y vamos a acompañar pero ¿por qué adelantarnos? ¿A qué viene esto de hacernos los duros y agravar las cosas? --dijo García Lagos.

Entonces Castillo pateó y todos los colores se pusieron en movimiento, por reflejo, sobre la tierra de la cancha. Cantidá corrió con la pelota. Gurméndez anuló a García Lagos. Cantidá pateó: gol.

Sepúlveda recogió la pelota con fastidio y la tiró al centro mientras que los jugadores tomaban posiciones.

García Lagos chocó con Castillo que rodé por la cancha. Toto hizo sonar el silbato. Estaba amarillo como la camiseta de García Lagos quien comenzó una protesta pero Toto dijo:

--Moción de orden: que se someta a votación.

--No, Toto, no --gritó Garcia Lagos--. Yo hablaba antes. Esto es ridículo. En estas condiciones no se puede. Lo que se resuelva acá no tiene ningún valor.

Toto retiró su moción.

--Al local no podemos ir. --se m<>Iestó Castillo.

--Al local podemos y debemos ir. Yo pido una asamblea formal para esta misma noche en nuestro local. --dijo García Lagos-- Esto es un mamarracho.

Castillo miró a Gurméndez. Todos miraron a Gurrnéndez.

Orosmán, parado sobre un parche de pasto, levantó los hombros y separó los brazos de los costados.

Toto dio tres largos pitidos y los jugadores fueron a cam@biarse.

«Estos se la están buscando», pensé cuando me dijeron de la asamblea. Era un disparate que no tomaran más precauciones pero, pasara lo que pasara, yo tenía que estar allí para llevar la voz del Vidrio y asegurarnos el apoyo.

Mire que tienen una luz rara en ese local. No sé cómo es el asunto pero las cc>sas se ven crudamente iluminadas o directamente negras. Los compañero@s parecen negativos cuando la sombra les roba media cara.

Cuando vi entrar a García Lagos, mejor dicho: cuando lo vi entrar y salir, volver, llamar una y otra vez por teléfono y noté que Orosmán ni Castillo habían llegado, entonces supe que Ibamos a tener que pelearía.

La cosa se fue demorando y las asambleas se pusieron en fila hacia el fondo de mi memoria y pude verlas como el pasillo de un tren muy largo que tuviera todas las puertas abiertas. Pero no me arrepentí de haberle robado tantas noches a Francisca.

Me preguntaba por qué Gurméndez había accedido a realizar esta asamblea cuando podría haber resuelto la adhesión durante el partido. ¿Por qué había aflojado frente a García Lagos? Finalmente llegaron Castillo, Orosmán y otros compañeros.

«Chau, Vitureira», me saludaron.

«Buenas noches. Como ya había quorum íbamos a empezar noniás», bromeó García Lagos. Gurméndez le mostró una sonrisa borrosa mientras lo medía con la mirada.

En ese momento habría unos quinientos. En el Vidrio somos más y raramente juntamos tanta gente. Menos en momentos como aquel. Y no es porq ue los muchachos no quieran ir sino que, en ocasiones así, es preferible hacer consultas previas y aplicar el criterio de la mayoría y no regalarse.

Cuando Orosmán se sentó hubo un silencio. El permaneció callado. Encendió un cigarrillo como un hombre aburrido que espera solo en una antesala.

--Compañeros --dijo García Lagos con una sonrisa--, aunque el apoyo a los compañeros del Vidrio ya fue resuelto por la Central, con nuestro voto favorable, vamos a considerar el apoyo a los compañeros del Vidrio.

El Toto soltó una risita. Todos miramos a Gurméndez. Gurméndez seguía fumando, ajeno, aunque sus ojos se movían rápidamente. A Castillo sólo se le veían los dientes como un cartel en su cara oscura.

Tuve que decir algunas pocas palabras explicando la actitud del Vidrio. Destaqué la afinidad de nuestros dos sectores artificialmente divididos, en fin, las afinidades de todos los trabajadores.

Después un flaco de gruesos anteojos redondos pidió la palabra y dijo que no había que ironizar, al menos no como lo hiciera García Lagos, que consideraba débiles las medidas de la Central; que el paro general debía tomarse por tiempo indeterminado y hacer un llamamiento a todas las Centrales latinoamericanas para que adoptaran igual medida con miras a la revolución continental y a la toma del poder por el proletariado. Agregó que, si no se encaraba así la lucha, no habla que votar a favor del paro.

El flaco --que parecía sucio-- cadavérico bajo esa luz y de enlutadas uñas, habló demasiado tiempo, con palabras difíciles y monótonas, pronunciando muchas veces las mismas cosas sin decir nada. Dejamos de bostezar pero entonces fue cuando me calenté:

García Lagos y su grupo se dedicaron a sabotear el paro con argumentos como que la

Central ya contemplaba al Vidrio entre sus consignas, que nosotros, al fin y al cabo, nos habíamos buscado la clausura del local al no acatar las restricciones del gobierno y hasta se llegó a insinuar que queríamos pasar por víctimas.

Gurméndez no se movía. Castillo no se movía. Nadie hacía nada para detener la maniobra.

Me calenté --digo-- y me fui.

En la calle también chocaba la luz dura del local que rebotaba en los frentes de la otra vereda.

«Parece un bailongo», pensé con resentimiento, caliente y amargado.

c

Por la mañana, un titular de último momento contradijo a Vitureira. La huelga había sido decretada, decía, sin agregar en el texto mayores detalles. Su alegría estaba sucia: había dado un informe inexacto en el Vidrio. ¿Qué triunfo habría sacado Gurméndez al filo de la votación?

Sin nada que hacer hasta la concentración de la tarde. No quería ver a nadie del Vidrio hasta no poder dar una explicación y consideraba, puerilmente, que Orosmán se la debía a él.

Se sintió momentáneamente fuera del asunto, como en un domingo con lluvia y sin nada por delante salvo un lunes negro. Eso hacía muchos años que no le ocurría.

La falsa barba, blanca como cuello de cerveza, estallaba millones de burbujas. Podía oírlas porque la brocha se le había escapado hasta una oreja.

Comenzó a silbar entre dientes mientras la máquina hacía caminos en la nieve y pensó que le gustaría ver una nevada. Pensó estepas pero interfirió una secuencia donde los nazis caían pero los hombres también. «Uf, corten». No quería pensar en eso ni recordar el nombre de la película. Notó que se había cortado la verruga. En mitad de la espuma de su mejilla, entre dos trincheras cavadas por la yilé, se encendió una luz de peligro.

Se puso un pedacito de papel higiénico en la herida. Después se vistió, besó a su mujer y salió a la calle como quien va a ver a su novia.

Gurméndez estaba en la cervecería de frente al Palacio. Tenía los ojos rojos y un rictus de satisfacción alrededor de .la boca. Vitureira lo descubrió, saludó y se sentó frente a él.

No hablaron nada.

Los caballos de la policía pisoteaban los senderos de ladrillo molido que conducen a Palacio mientras que, en las veredas, se iban agrupando obreros con carteles.

Orosmán miró a Vitureira y rió.

--Anoche no dormí --dijo en un tono intrascendente--. No bien usted se fue, entraron al local y nos llevaron presos a todos. Les dio mucho trabajo transportarnos y nos largaron una hora más tarde.

--Y ¿usted qué hizo después?

--Nada. Lo dejé hablar a García Lagos. El lo hizo todo.

Los grupos se estaban transformando en una concentración.

--¿Por qué aflojó durante el partido y no hizo nada en la asamblea?

--Oh--, siempre que es posible busco la unanimidad para las resoluciones. Además, no me gusta hablar mal de ningún compañero: cada uno debe tener la posibilidad de actuar y de ser juzgado por lo que haga, no sólo por mi, por todos.

La concentración gritaba, estribilleaba, avanzaba hacia Palacio.

--¿Usted nunca soñó --dijo Orosmán--, nunca soñó que golpeaba a un enemigo blando? Es horrible. El enemigo tiene que colaborar siendo concreto. Es una cortesía elemental. ¿Se imagina algo más inútil que una palanca de goma?

Por la avenida llegaron los carros lanza--agua y la brigada de gases,

--Disculpe, Vitureira, le estoy dando la lata. Me hace hablar el sueño. Vamos a ver si podemos hacer algo junto a los muchachos.

Un elefante molesta a mucha gente

REPARTO:

Ekthorpe..... Roberto Lupo
Elefante..... André Riviére
Cuídador..... Juan Julio
Araca Carodilla..... Marcelo Mastravoni
Secretario..... Isidoro San Isidro

Primer plano de un reloj anacrónico y mal iluminado que opina: «Toc--trec. Toc--trec = Tac.

Una mano sube hasta las agujas pretendiendo adelantar el reloj de la historia. Pertenece a un profesor de ideas un tanto radicales.

La banda sonora registra el reloj pulsera del profesor, que refuta a su colega: «Tic--tac + Tic--tac = _tic tac tic tac.

Las agujas del reloj de la historia transportan bancos de guano de mosca lo cual hace que la mano se arrepiente y baje.

Enfoque general de una sala de profesores. La cámara avanza lenta hacia el doctor Ekthorpe quien baja de una silla sobre la que ha estado parado junto al reloj y se limpia las manos. Muestra el rostro de Ekthorpe que expresa que su dueño se siente feliz y nada de eso; satisfecho y todo lo contrario. Su diáfana epidermis de lactante, quizás de casto, forra contradicciones.

Hojea una libreta de su clase nocturna cuando un portero se le acerca rengueando y le dice con sumo respeto: «¿Usted es profesor de Historia Natural?»

«Sí»,

«Entonces ¿me permite una pregunta?»

«Decí nomás, che».

«¿Cuánto pesa un elefante promedio?»

(Recordar que la cámara actúa, siempre que es conveniente y aun con cierto abuso, en despiadados primeros planos).

«Qué preguntita, che, qué preguntita. Veamos: Fromdebotton acaba de publicar, en Alemania, el tomo veinte, no, miento: veintiuno, de su Contribución al Estudio del Elephas Indicus o Elephas Maximus. Se trata de un estudio parcial de los proboscidios ya que también existe en la actualidad el Loxodonta Africana. Tengo hasta el tomo dieciocho pero no encontré nada relativo al promedio de peso de este desmesurado mamifero. Y son unos libros grandes como esta carpeta. Qué cosa, che, que cosa. Me dejaste perplejo», dice.

«Gracias igual», contesta el portero y sale para hacer sonar la campanilla de entrada a clase.

Ekthorpe evidencia mortificación en su rostro. Esto le hace reparar en un viejo profesor que

mira abstraído el techo y olvidar que es sordo.

«Todo lo que se puede hablar en torno al elefante y este se preocupa por el peso promedio», le dice. «Debe de ser un pedante o un oligofrénico o las dos cosas. Pero ¿de cual manera? ¿Un pedante oligofrénico o un oligofrénico pedante? Lo observaré, lo observaré».

Él viejo profesor sonríe y responde: «Flojas y colgantes, olvidadas. por, el plumero de la burocracia».

«Muy bien observado. Eso es colega: la burocracia. No estoy como para preocuparme por un portero oligodonte o pedafrénico porque mañana mismo tengo una entrevista con el Señor Presidente», comenta.

«Y todo se podría arreglar de un plumerazo».

«De un plumazo, dirá, de un plumazo. Buenas noches».

El rostro de Ekthorpe se esfuma y es susplantado por el mismo profesor esperando muy atildado en una antesala de la Presidencia del Consejo Municipal.

Agitación inusual, entradas y salidas de funcionarios por la puerta del despacho indican que está sucediendo algo anormal.

Finalmente le toca el turno a Ekthorpe. Sus espaldas tapan la abertura de la puerta que se cierra. Luego se ve el interior del despacho y la cara de Ekthorpe expresa eso que se suele denominar embarazo.

Como una bola de plomo histérico, el caduco Presidente Carodila rebota una y otra vez sobre una revista de poesía.

Esa crítica directa y vital no llega a embotar la perspicacia del profesor quien murmura sacudiendo la cabeza con una sonrisa idiota:

«Cuán astuto es nuestro Presidente. Por alguna oculta razón, hace esto delante de mi. ¿Pensará impulsar la educación física?»

«Buen día, profesor, disculpe» --saluda Carodila a través de resoplidos--. Pero nadie está a salvo de la, uf, infamia. Mire, mire, ahora que somos cogobierno estos insectos se vienen con sus versitos de mala muerte pretendiendo empañar mi personalidad. ¡Cuánta bajeza!»

Ekthorpe mira la estropeada revista. «Lea, lea eso en voz alta», dice Carodila.

El profesor lee sin entusiasmo:

4¿Quién trae el alma en alcobas
y consigo propio trilla?
Corcovilla!

«¿Sigo?»

«Sí, continúe».

«¿Quién tiene cara de endecha
y presume de aleluya?
¿Quién, porque parezca suya,
no hace cosa bien hecha?
¿Quién alienta a la derecha
a buscar ruido en la villa?
Corcovilla».

«¿Quién fuera plaga en Egito,
si alcanzara a Faraón?
¿Quién tentara a San Antón,
licenciado orejoncito?
¿Quién como lego ha escrito
la doctrina y la cartilla?
Corcovilla.»

«¿Quién...»

«Bueno, profesor, no se engolosine»

«Por favor, señor Presidente. Pero, perdone, esto no creo que tenga nada que ver con usted, se refiere a un problema muy viejo, sumamente fenecido»

«¡Cuánta ingenuidad! Bien, profesor, usted no es un político y por eso no comprende. Vayamos a otra cosa. Olvidemos. Olvidemos el desagradable contratiempo de la poesía y vayamos al asunto en cuestión, querido Ekthorpe. Sin rodeos y en una palabra: le ofrezco la dirección del Jardín Zoológico. ¿Qué me contesta?»

«Gracias, yo...»

«No me agradezca, no --sonríe Carodila--, considero que es usted la persona más capacitada y sé que le gustará el puesto y sabrá desempeñarlo brillantemente. ¿Acepta?»

«Sí, muchas gracias, señor Presidente».

Carodila se pasa la mano por su rostro seboso y dice: «Soy, yo quien le agradece y no se imagina cuánto. Necesitamos hombres como usted porque nuestro futuro se basa en el presente inmediato y desemboca en la victoria. Somos, como yo le decía y usted bien lo sabe, cogobierno. Ejercemos el gobierno municipal y seremos juzgados por el pueblo de acuerdo a nuestra gestión actual. En cuanto a lo específicamente referido a su cargo, debo adelantarle que nuestros expertos no han estado ociosos. Acá tengo un estudio, desde ya lo pongo en sus manos, que indaga sobre las preferencias del pueblo. Una amplia y profunda encuesta ha demostrado que el elefante y los monos son los animales preferidos por el proletariado y las capas medias que constituyen el 78,3 por ciento de nuestro electorado».

«Perdón ¿dijo el elefante?»

«Si, profesor, el elefante. Sabemos que usted es un gran teórico de los elefantes y ahora podrá comprobar sus teorías en la práctica. Elefante hay uno sólo, en nuestro zoológico quiero decir. De modo que, subraya Carodila enarcando las cejas, de modo que hay que darle un especial cuidado. Con esto le quiero significar: término medio. Ni favoritismo hacia el paquidermo ni mucho menos dejadez».

«Comprendo, comprendo».

«Tengo concienda del enorme peso que deposito sobre sus hombros pero sé que habrá de sobrellevarlo con dignidad y eficiencia en aras del futuro de nuestro gran pueblo».

«Le presentaré un plan de trabajo», se anima a decir Ekthorpe.

«Correcto. Tiene usted que considerar q ue su gestión, sumada a una científica recolección de residuos, barrido, limpieza y demás servidos deben impulsar a las. masas de votantes a dar un giro a la izquierda lo que posibilitará en las próximas elecciones una verdadera apertura democrática. Adiós, profesor, y buena suerte».

Se ve a Ekthorpe por la calle donde mucha gente circula con indiferencia y urgente apatía. Contonea los hombros, da saltitos, saluda, acaricia las cabezas de los niños. Nadie le lleva el apunte. Sólo una mujer, de rictus agrio, lo mira extrañada durante un segundo.

Ekthorpe llega a su casa donde entra tarareando *La donna é mobile.*

Mañana de sol. Ekthorpe se apersona junto con su secretario privado, Isidoro, en el jardín zoológico para tomar posesión de su cargo.

Ante un grupo de empleados, algunos de incompletos uniformes desteñidos, otros con sacos de lustrina, Ekthorpe se presenta y, brevemente, les da un panorama de su gestión futura. Un pequeño discurso mimado del nuevo director que sólo mueve los labios y gesticula. La banda sonora reproduce gritos de animales con hambre.

Un gesto ampuloso de Ekthorpe se ve cortado por la salida del cuidador quien dice en *off:* «Voy a dar de comer a Dalila». La escena queda quieta durante unos segundos, como un diapositivo, y vuelve al movimiento.

Vista hasta el final de un camino del jardín flanqueado por jaulas. Garúa. Ekthorpe entra bajo un paraguas avanzando a pasos ágiles. Se detiene en seco como si se hubiera escapado el león. Luego dobla hacia un costado del camino. La cámara, se ha ido acercando. Ekthorpe se detiene cauteloso.

El cuidador de espaldas a Ekthorpe, está hablando con Dalila que le apoya la trompa sobre un hombro.

«No era como acá. A ver esa memoria, dice Juan Julio. Cuando llovía, llovía en serio. Lo vi en las películas. Y lo soñé. Sí, lo sueño seguido. A veces, vamos por los senderos. Arriba se abrazan las ramas y vos sabés sumar mi altura a la tuya y mi cabeza no corre peligro. Vagamos entre hojas más grandes que tus orejas. O paseamos por encima de la miseria, junto a estacones de ferrocarril donde los muertos de hambre se están muriendo de eso, y...

«Y usted también se va a morir de hambre si no trabaja y deja tranquilo al elefante», interrumpe Ekthorpe. Dalila lo mira con fastidio, el cuidador con desprecio, y dice: «Este es mi deber: estar junto al elefante y, de serme posible, en el elefante».

«Cuales son o dejan de ser las tareas lo determino yo. Haga el favor de ocuparse de los cisnes y limpie la jaula de los cacatúas», ordena el profesor.

Juan Julio, sólo por disciplina, pero más nada por su amor al elefante, acata.

Con una velocidad un tanto acelerada, se registran numer osas entradas y salidas de Ekthorpe. Rápidos primeros planos muestran miradas de rencor intercambiadas por Ekthorpe de un lado y el cuidador y Dalila por el otro.

Despacho de Ekthorpe. Se ve al profesor pisoteando un periódico como se viera anteriormente a «Carodila. Entre salto y salto se alcanza a leer un titular catástrofe que dice: «ZOO: PRESUPUESTO CON ELEFANTIASIS».

Ekthorpe abandona su tarea y ordena: «Que venga inmediatamente el cuidador».

Isidoro sale presuroso y funcional.

Entra Juan Julio. Expresa resignación.

«¿Cuánto come Dalila por día?», pregunta Ekthorpe.

«Uh. Algunas toneladas. Sólo de rabanitos, quinientos kilos».

«Bien, desde hoy, suprímale los rabanitos».

«Pero señor...»

«Pero nada. Hay que ahorrar. Todo sube».

Se repiten las entradas y salidas aceleradas de Ekthorpe donde aparecen miradas de rencor y aun de resentimiento.

Frente del Palacio Municipal. La cámara se aproxima a una ventana y entra al despacho de Carodila.

«Mi querido profesor Ekthorpe. ¿Qué ha hecho? ¿Qué ha hecho? --dramatiza el Presidente-- Le dije: Hay que acercarse, al pueblo, en este caso, al elefante. Pero usted me está torturando a esa noble bestia, según me han informado. ¿Tiene usted algo personal contra los elefantes? ¿Algún trauma de infancia?»

«No, de ninguna manera, pero usted conoce la campaña del gobierno Central contra el presupuesto del zoo. Hay que ahorrar».

«Sí, si. Pero no a costa del elefante, por amor de Prax. ¿Por qué no castigar preferiblemente a los animales suntuarios como el pavo real, la vicuña, el faisán y etcétera?»

«Y etcétera, etcétera, le dice Ekthorpe en el zoo a Juan Julio. En cuanto a Dalila, puede volver a darle rabanitos».

El cuidador se retira y Ekthorpe le dice a su secretario: «Hay que ahorrar, todo sube. Empecemos por despedir a Juan Julio. ¿Qué le parece?»

Isidoro zalema y sale.

Juan Julio, sin uniforme de cuidador, continúa visitando diariamente a Dalila. Sin recursos legales para echarlo, con crecientes problemas económicos, Ekthorpe vuelve a hacer pasadas frenéticas junto a los amigos y a suprimir la cuota de rabanitos.

Una garúa anega las grietas del elefante. El agua se acumula en el ángulo inferior de un pliegue, desborda, disminuye y vuelve a crecer.

Ekthorpe se aproxima bajo su paraguas y Juan Julio le sale al paso.

«Doctor, le dice, hay que operar a Dalila».

«Vaya a operarse usted».

«¿Yo? ¿Y de qué?»

«¡Del mediastino! Pero déjeme en paz y deje prosperar al elefante».

«No prosperar, no. O--pe--rar a Dalila, le he dicho».

Ekthorpe aparta a Juan Julio de su camino. «Opérelo usted», grita y se aleja.

Isidoro ha visto la escena desde una de las ventanas de la oficina del zoo y recibe a Ekthorpe con una sonrisa.

«Buenas, chif, dice, tengo una gran noticia: hablé con el comisario y nos va a librar de ese Juan Julio».

«Si ese tarado desaparece, mándele un par de faisanes al comisario».

«O.K», ríe Isidoro.

El comisario, su grasienta esposa y otros seres ordinarios y cursientos devoran ave con solemnidad histericoide.

Dalila se desinfla a simple vista. Su piel empalidece hasta el blanco ceniciento, le crecen largas y pobladas cejas negras y, entre ellas, una arruga vertical le parte la frente.

Ahora Ekthorpe mira con desesperación al elefante. Y con odio.

Una mañana desolada, de sol frío, Dalila enloquece. Menos destrozar bazares, hace todo lo que es recomendable en tales circunstancias.

Lo que se dice la pavura, ataca a Ekthorpe y a su secretario.

«Mi querido Isidoro, esa bestia tiene algo personal contra mí. Créame. He hecho todo lo imaginable para lograr una coexistencia pacífica pero ha sido en vano».

«¿Llamo a los veterinarios?»

«Llame a la policía. ¡Que lo repriman!»

Dalila entra la trompa por una ventana, barrita, descalabra un escritorio.

«¡Que lo reduzcan, que lo fusilen, que lo hagan bosta!, histeriza Ekthorpe trepado en un perchero.

Luego del sonido de las sirenas, llegan los carros de asalto. El comisario de los faisanes

dirige la operación.

Dalila trota arrasando canteros, pequeñas bardas, restaurando el orden de la selva. Un giro del elefante provoca desbandes de los grupos de fusileros. Un barrito, paraliza los movimientos tácticos.

Dalila no tiene nada personal contra esos hombres de azul pero sabe que no le traen nada para su dolor de muelas.

A unos cincuenta metros de Dalila, aparece Juan Julio pronunciando palabras dulces. El elefante se detiene para escuchar. Después, avanza decididamente.

«Salven a ese inconsciente», ordena el comisario.

Con unos cuantos culatazos en la cabeza, Juan Julio queda a salvo. Dalila continúa avanzando pero grupos de estampidos lo devuelven a la locura. Gira y arremete contra los fusileros. Sangra.

Los milicos, cuyas inclinaciones y medios económicos han determinado su ausencia en zafaris, tiran al bulto.

Ahora Dalila describe círculos hacia el costado de sus heridas. No comprende y llora con desesperación.

Otra vez hacen fuego. Dalila comienza a sentir los primeros balazos allá dentro suyo. Luego acusa en seguida todas las andanadas pero continúa esparciendo su locura y su sangre y miedo entre los hombres.

Los policías se repliegan. Durante un cuarto de hora Dalila se dedica a sufrir, estampados en rojo sus costados.

Juan Julio despierta y llama al comisario. Le explica dónde tienen que darle para despenarlo.

El comisario instruye a su tropa que luego se desplaza en grupos hacia Dalila. Vuelven a oírse las descargas y crece el furor del elefante. Por casualidad, una bala encuentra el camino del oído o el del corazón.

Dalila dobla las rodillas, se balancea, y cae sobre un costado. Con un suspiro, levanta una nube de polvo que tarda en depositarse. Se estremece. La postura le marca un rictus como una sonrisa.

Ekthorpe, en su despacho, ha recobrado la calma. «Envíe una nota al museo de Ciencias Naturales donando el cuerpo»; ordena a Isidoro «Si hay sobrantes de carne aprovechables, que los devuelvan para los chacales».

En diferentes ocasiones, se ve pasar a Ekthorpe frente a la jaula vacía del elefante. «Cerrado por refacciones», dice un cartel frente a la caseta donde se abusan los gorriones.

Es primavera. Una manifestación estudiantil con carteles que dicen: «Aislar al gobierno», «Dejemos sola a la dictadura», es disuelta con gases y bastones.

Ekthorpe entra al Palacio Municipal. En la sala de espera, donde permanece solo, hace

silenciosas morisquetas. Finalmente Carodila lo recibe.

«¿Cómo está usted, profesor?»

«Bien, muy bien, señor Presidente».

«Habrá sabido de la renuncia de Fernández a la dirección del Museo. Bien. Se trata de una actitud típica de individualismo pequeñoburgués que no hace sino hacerle el juego al gobierno Central. No podemos entregar posiciones», declara Carodila.

«Bien, querido Ek. ¿Me permite que le diga Ek? Una vez más, recurro a sus inestimables servicios y a su espíritu de lur--ha: acepte la dirección del Museo».

«Señor, yo...»

«Nada. Lo del elefante ya está olvidado hace tiempo. Son errores de los cuales nadie está libre, imponderables. ¿Acepta?»

«Es un honor, señor»

«¡Bravo! Acá tiene su nombramiento. Venga un abrazo».

Despacho de la dirección del museo de Ciencias Naturales. Ek pronuncia un discurso mudo similar al del zoo aunque más solemne. Esta vez lo rodean personajes con galera y damas.

«Ahora, dice Ek, os invito a recorrer las salas más importantes». Salen.

Vitrinas con momias, esqueletos, esponjas. Murmullos de intelígencia. Pasan a otra sala con insectos, pájaros disecados y láminas. Entran a otra sala mucho más amplia.

Más esqueletos enormes. En el otro extremo del salón hay un grupo de jóvenes. Ek y los personajes se aproximan a ellos.

Ek va distraído, radiante, hasta que se topa con Dalila embalsamado con un cartel que dice: «Ekthorpe asesíno!»

Los estudiantes gritan: «¡Asesino! ¡Colaboracionista!»

Ek levanta los brazos, gira como en un paso de baile y cae muerto.

Juan Julio, vestido de ordenanza, le pasa el plumero al cadáver del director mientras que todos los demás huyen.

Dalila muestra su cartel y la sonrisa estereotipada de su muerte mientras que Juan Julio continúa pasando el plumero a Ekthorpe y ejecuta pasos de ballet al compás de *La danza de las horas.* La cámara se aleja muy lentamente.

FIN

(Buenos Aires, 1958)